



Duque de Rivas

El desengaño en un sueño
Drama fantástico en cuatro actos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Duque de Rivas

El desengaño en un sueño

Drama fantástico en cuatro actos

A mi hijo Enrique.

Personas:

LISARDO, joven.

MARCOLÁN, viejo mágico.

Voces de seres invisibles

DEL GENIO DE LOS AMORES.

DEL GENIO DEL PODER.

DEL GENIO DE LA OPULENCIA.

DEL GENIO DEL MAL.

Personajes fantásticos

ZORA, dama joven.

TRES VILLANOS.

LISEO, viejo.

DOS SOLDADOS.

CLORINARDO, caballero.

DOS CABALLEROS.

FINEO, caballero.

UN CAPITÁN.

NATALIO, viejo.

UN ENTERRADOR.

ARBOLÁN, guerrero.

EL DEMONIO.

UN REY.

UN ÁNGEL.

UNA REINA

SALVAJES, bailarines.

UN PAJE

SÍLFIDES, bailarinas.

UNA BRUJA.

DONCELLAS, bailarinas.

DOS CAZADORES.
CANTORES.

Las músicas, comparsas y diferentes acompañamientos de cazadores, esclavos, guardias, etc,

se anotan y llaman en las escenas en que deben figurar, para evitar confusión. La acción, que se supone, por los trajes, acaecida a mediados del siglo XIV, pasa en un islote desierto del Mediterráneo. Empieza al ponerse el sol, y concluye al amanecer del día siguiente.

Acto primero

ESCENA PRIMERA

La escena representa una montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar embravecido. En primer término, a la derecha del espectador, habrá una pequeña gruta practicable. El cielo representará el anochecer, cubierto de nubes borrascosas. Se verán relámpagos, y se oirán truenos, el bramido de las olas y el silbar del viento. MARCOLÁN, mago, aparece dentro de la gruta, estudiando en sus libros a la luz de una lámpara y rodeado de instrumentos mágicos. LISARDO, vestido de pieles y con aspecto salvaje, asomará por lo alto de la montaña y bajará de peñasco en peñasco, declamando los primeros versos.

LISARDO:
(Mirando despechado al cielo.)

Rompe tu seno pardo,

oscura nube, y lanza furibunda

el rayo abrasador, que ansioso aguardo;

el rayo que confunda

y en el inmenso mar sepulte y hunda

esta desierta roca,

que con la altiva frente al cielo toca,

y es, ¡oh destino impío!,

cárcel estrecha de mi ardiente brío.

(Pausa, y prosigue, mirando al mar.)

Y tú, tremendo mar, ¿por qué rugiente

no rompes este freno de tus iras?

¿O eres tan impotente

que en vano a libertarte de él aspiras?

¡Ah, si yo fuera tú...! ¡Si yo tuviera

tu colosal poder..., ni un solo instante

de mi curso delante

obstáculo ninguno consintiera,

y al encontrarlo, mi rencor profundo

con sus huellas borrara el ancho mundo!

Más, ¡ah!, no me escucháis... ¿O no son nada,

oscura nube, tu rugiente trueno,

ni tu empuje y furor, ¡oh mar hinchada!

si otro poder mayor os pone freno?

(Pausa.)

Como vosotros, yo, que arde en mi mente

fuego mayor que el que en los rayos arde

y un alma más tremenda,

más indomable que la mar rugiente

dentro mi pecho siente

de sus fuerzas hacer perdido alarde.

Y aquí atado y cautivo,

aquí como cobarde,

apenas sé si vivo,

puesto que el mundo ignora

que en él Lisardo mora.

Lisardo, el que pudiera

llevar su nombre a la encendida esfera.

(Pausa, y prosigue, mirando a la gruta):

¡Oh padre!... Padre no, tirano fiero,

que eres de un infelice carcelero:

maldito sea tu saber insano y ese tu afán prolijo,

que te hace ser de un desdichado hijo

inexorable y pertinaz tirano.

MARCOLÁN:

(Dentro de la gruta, hablando consigo mismo.)

¡Mísera Humanidad! Siempre maldice

la mano protectora que la ampara

y que del precipicio la separa.

¡Mísera Humanidad, siempre infelice!

Es mi anhelo salvar a mi hijo amado

de las borrascas que en la humana vida

le tienen las estrellas prevenida,

y él su opresor me llama despechado.

(Se va poco a poco despejando el cielo, y, alzándose la luna en el horizonte, ilumina la escena con su luz azulada.)

LISARDO:

(Avanzando al proscenio.)

¿Es vida, ¡triste de mí!

es vida, ¡cielos!, acaso

aquesta vida que paso

con sólo mi padre aquí?

Si condenado nací,

y sin esperanza alguna,

a que este islote mi cuna,

mi estado, mi único bien

y mi tumba sea también,

maldigo yo a la fortuna.

Si tal mi destino fué,

que es imposible lo fuera,

¿para qué un alma tan fiera

dentro de mi pecho hallé?

¿Con qué objeto, para qué

arde esta insaciable llama,

que toda mi mente inflama,

de buscar dándome anhelo,

aun a despecho del Cielo,

oro, amor, poder y fama?

Enhorabuena el reptil

rampe en el vivar estrecho,

si allí goza satisfecho

toda su existencia vil;

pero el águila gentil,

de alas y valor provista,

en el sol clave la vista,

cruce las nubes voraz,
y en ellas pregone, audaz,
del espacio la conquista.

No reptil, águila soy,
águila, y he de volar
sobre la tierra y el mar.

(Corre decidido hacia la montaña.)

MARCOLÁN:
(En su gruta y hablando consigo mismo.)

No volarás, que aquí estoy,
Lisardo, y a darte voy
pronto una grave lección
que calme en tu corazón
ese ciego desatino
que te arrastra de contino
del mundo a la perdición.

LISARDO:
(Despechado y como detenido en medio de la escena por un impulso superior.)

¡Infelice!... Me olvidé

que a este escollo estoy atado,

donde del mundo ignorado

he nacido y moriré.

Si tal mi destino fué,

cúmplase pronto. Liberte

de esta cárcel con mi muerte

mi alma gigante yo mismo

lanzándome en ese abismo

para burlar a la suerte.

(Va a arrojar al mar, y sale sobresaltado de su gruta MARCOLÁN con una vara de oro en la mano.)

MARCOLÁN:

Tente Lisardo, hijo mío.

Insensato, ¿dónde vas?

Tente, que aunque bastan sólo

para tu intento atajar,

la fuerza de mis conjuros,

pues no tiene otras mi edad,

quiero sólo con las voces

de mi cariño lograr

que desistas, hijo mío,

de tu designio fatal.

Torna, Lisardo, a mis brazos,

que para ti sólo hay paz

entre los brazos de un padre

que idolatrándote está.

LISARDO:

(Que se detiene a la orilla del mar en cuanto oye a su padre, vuelve y se arroja a sus brazos muy abatido.)

¡Oh padre!

MARCOLÁN:

Calma, hijo mío,

la espantosa tempestad

de tu corazón, más recia

que la que un momento ha

esas esferas turbaba

y alborotaba ese mar.

LISARDO:

¡Oh padre!

MARCOLÁN:

Mira, Lisardo,

cuál la nube huyendo va

tornando el zafir del cielo

con suave luz a brillar

al reflejo de la luna,

astro benigno de paz.

Mira cuál bajan las olas,

que montañas de cristal

azotaban estas peñas

a empuje del huracán.

Huyan así de tu mente,

para no volver jamás,

esas oscuras ideas

que hacen tu infelicidad.

Y cálmese así tu pecho,

que no deben agitar

las fantásticas pasiones

tras de que perdido vas.

¿Qué te inspira, dí, Lisardo,

esa confusa ansiedad,

cosas que tú desconoces

anhelando sin cesar?

LISARDO:

Los impulsos de mi alma,

que a voces diciendo están

que he nacido para el mundo,

para en su centro lograr

amores, riqueza, fama,

poder, mando.

MARCOLÁN:

Basta ya.

Te comprendo. Mas ¿qué sabes

tú de ese mundo ideal,

que existe en tu mente sólo?

LISARDO:

(Recobrándose y creciendo en vehemencia.)

¡Oh padre mío, cesad!

Que aunque estas ásperas peñas,

que ciñe en torno la mar,

mi cuna fueron, y son

mi cárcel siempre, y serán

tal vez también mi sepulcro,

no tan rudo soy, ni tan

salvaje, que no conozca

que en el mundo hay mucho más.

Esos tus libros lo dicen,

a quien tanto culto das,

y que te han dado esa ciencia,

que profesas por mi mal.

Tus labios también lo han dicho,

complaciéndose en contar

de tu vida los portentos,

los recuerdos de tu edad.

Y aunque nunca de tus libros

devorara a tu pesar

las páginas, y aunque siempre

hubieras, cauto y sagaz,

puesto en tus labios un sello

que guardara la verdad,

que hay mundo, y cómo es el mundo,

por instinto natural

adivinara. Sí, padre;

baste de destierro ya.

Llévame donde hombre sea,

y donde pueda lograr,

como hombre, amores, riquezas,

poder y dominio.

MARCOLÁN:

¡Ah!

LISARDO:

Quiero mando, poderío,

gloria, fama...

MARCOLÁN:

Bien; tendrás

cuanto apetece, Lisardo.

Y a tu padre dejarás

en este desierto solo,

decrépito... ¿Quieres más?

LISARDO:

(Con ternura.)

Padre idolatrado, quiero

vivir como racional;

mas bajo tu amparo siempre.

MARCOLÁN:

¡Mi amparo...! Insensato estás.

¡Mi amparo!... ¿De qué te sirve,

si entras con la tempestad

de las humanas pasiones

del mundo en el hondo mar?

¡Ay, que entonces mi cariño,

mi ciencia, todo mi afán

de nada han de aprovecharte!

LISARDO:

(Con entereza.)

¿De nada...? Pues bien está.

El aliento que me agita,

el encendido volcán

de valor y de denuedo,

que arde en mi pecho tenaz,

me bastan, señor, y sobran;

y suficientes quizá

para serviros de apoyo

a vos, ¡oh padre!, serán.

(Con resolución.)

Salgamos de estos peñascos.

Aquestos libros quemad.

Venid al mundo conmigo,

y vuestros ojos verán

que engendrasteis un portento

de altas empresas capaz.

MARCOLÁN:

(Aparte.)

Vuelve a exaltarse su mente.

Ya la lección convendrá,

y que empiece a realizarse

mi bien combinado plan.

(Alto.)

Hijo, Lisardo, sosiega

tu ardiente pecho. Serás

complacido por tu padre.

Lograrás tu ansiedad.

Pero de la noche el manto

cubre el firmamento ya.

Calma en sosegado sueño,

calma, hijo mío, tu afán.

LISARDO:

(como soñoliento.)

De lo que hoy he padecido

estoy, señor, en verdad

tan fatigado..., que empiezo

dulce descanso a anhelar...

Reposaré...

MARCOLÁN:

(Llevándole lentamente al fondo de la escena, a la izquierda del espectador, donde habrá en tierra un lecho de ramas secas.)

Sí, hijo mío.

(Aparte.)

Ya empieza el conjuro a obrar.

Le tocaré con la vara,

y al sueño se rendirá.

(Le toca, y prosigue en alto):

Sí, hijo mío; sí, descansa,

pues convidándote está

de secas algas el lecho,

que aquí orillas de la mar

halagan las blandas brisas

que en torno volando están.

LISARDO:

(Acostándose en el lecho.)

Sí, padre mío...; sí, padre...

El sueño ganando va

mis sentidos..., halagado

por la esperanza que has

dado a mi pecho... Esta noche

soñaré felicidad.

(Queda dormido.)

MARCOLÁN:

(Contemplándole con cariño.)

¡Hijo del alma!... ¡Hijo mío!...

En sueño profundo está.

Ahora desengaños sueñe

que ponga fin a su afán.

(En medio de la escena, en actitud imponente y solemne.)

Espíritus celestes e infernales,

genios del bien y el mal, que los destinos

por ocultos caminos

dirigís de los míseros mortales,

al gran poder de mi saber profundo

obedientes venid, que ya os aguardo,

y al dormido Lisardo

mostrad en sueños cuanto encierra el mundo.

En vagas vaporosas ilusiones,

y en fantásticas formas vea su mente

cuanto anhela imprudente,

y ancho campo ofreced a sus pasiones.

(Gira la vara en derredor.)

Ya os miro en torno revolar; ya os veo,

o desde el centro de la tierra oscuro,

o desde el aire puro

obedientes venir a mi deseo.

(Se oye una música suave y armoniosa y una voz dulce dice desde las bambalinas):

VOZ DEL GENIO

Yo, numen de los amores,

DE LOS AMORES:

le coronaré de flores,

y atándole en tiernos lazos

colocaré entre sus brazos

la más insigne beldad.

Y encantado con su acento,

y embriagado con su aliento,

apurará en las delicias

de sus amantes caricias

la humana felicidad.

(Suena a la izquierda de la escena una música llena y alegre, y en seguida dice una voz sonora):

VOZ DEL GENIO

Yo dispongo del oro y riqueza,

DE LA OPULENCIA:

y a tu mágico impulso obediente

a sus ojos dormidos patente

cuanto alcanza mi imperio pondré.

Y la Pompa oriental y grandeza

gozará venturoso en el sueño,

y de inmensos tesoros el dueño,

mientras dure el encanto, le haré.

Aroma y bálsamos

respirará.

Sedas y púrpuras

se vestirá.

Ricos alcázares

habitará.

Y en la demencia

de la opulencia

se perderá.

(Suena a la derecha una banda de música militar, tocando una marcha guerrera, y dice una voz robusta):

VOZ DEL GENIO

Yo, que de la ambición y de la gloria

DEL PODER:

el genio soy audaz,

su pecho tornaré con mi alta llama

en hoguera voraz.

El lauro ceñirá de la victoria

su envanecida sien,

y su nombre en los cantos de la fama

escuchará también.

Y un pueblo rendido

a sus pies verá,

y desvanecido

lo dominará.

(Se oyen truenos subterráneos mezclados con música sorda y lúgubre bajo el tablado, y luego dice desde allí una voz áspera y satánica):

VOZ DEL GENIO

Yo marchitaré

DEL MAL:

las lozanas flores.

Yo envenenaré

los dulces amores.

Y en horrores

sus delicias tornaré.

La riqueza

y grandeza

serán de su pecho,

por la avaricia y el terror deshecho.

Y la indomable ambición

su corazón

al crimen arrastrará,

y en hondo precipicio lo hundirá.

MARCOLÁN:

(Extendiendo la vara a un lado y otro.)

Comenzad, genios que me estáis hablando

el orden proseguid de mis conjuros,

dentro la mente del dormido dando

formas visibles a los aires puros.

(Entra en su gruta, se sienta, coloca a sus pies un reloj de arena y prosigue leyendo en la mayor abstracción, permaneciendo así hasta el fin del drama.)

ESCENA II

Cruzan la escena en todas direcciones ligeras gasas transparentes con figuras vagas y fantásticas, alusivas al amor, al poder, a la ambición y al crimen, y se van reuniendo al fondo de la escena y delante del lecho de LISARDO, formando como una niebla blanquecina que lo cubra todo. Por un escotillón sale ZORA, cubierta con una gasa blanca que le dé la apariencia de una sombra. La música toca una armonía lánguida y suave, que va concluyendo poco a poco en notas aisladas y que van siendo imperceptibles. Se disipa luego repentinamente la niebla, y aparece un risueño y rústico jardín, iluminado por la luz

de la aurora. El lecho de LISARDO, alzado un poco del suelo y formado con flores y cubierto por un pabellón de colores enlazado en las ramas de los árboles. Y en él estará dormido LISARDO, cuyo vestido de pieles se habrá mudado en uno rico de cazador. Aparecerá también un asiento rústico en medio de la escena, y caerá el velo que cubre a ZORA, quedando ésta vestida con una túnica blanca y coronada de rosas. La gruta de Marcolán, y éste dentro estudiando, habrá estado siempre descubierta, y permanecerá así inmutable durante todo el drama, por más cambios de decoraciones que se verifiquen.

LISARDO:

(Incorporándose como admirado y mirando a todos lados.)

¡Cielos!... En el mundo estoy.

Mi padre no me engañó.

Del islote me sacó.

Hombre cual los hombres soy.

No hay duda... ¡Felice yo!

(Se levanta y corre de una parte a otra, pero sin reparar en ZORA, que estará a un lado cogiendo flores.)

¡Oh, qué risueño jardín!

Y no lo circunda el mar.

Desde aquí podré volar

por uno y otro confín...

¿Quién me lo puede estorbar?...

¡Cuán gozoso y satisfecho

miro el matutino albor!

Una y otra linda flor,

¡qué aromas dan a mi pecho!

¡Oh qué vida...! ¡Qué calor!

Aquí no escucho el bramido

de las olas, que decía

pavoroso noche y día:

«Pobre Lisardo, nacido

bajo estrella tan impía.»

No, que el risueño murmullo

de auras, hojas, aves, fuentes,

dan acentos diferentes,

que son dulcísimo arrullo

de mis venturas presentes.

Mas ¿qué me detengo aquí?

Por linda que esta mansión

halague mi corazón,

aun estrecha es para mí.

Volemos a otra región.

(Repara en ZORA, y queda sorprendido.)

¿Qué es, ¡oh Dios!, lo que allí veo?

Solo en el jardín no estoy...

¡Ah, que realizando voy

cuanto anheló mi deseo,

y todo ventura es hoy!

¡Una mujer!... Sí, y aquella

que en sombra leve y fugaz

turbando mi eterna paz

vió siempre gallarda y bella

mi delirio pertinaz.

Sí, la misma que mis ojos

en ilusión vieron vana,
ya en los perfiles de grana,
que ornan los celajes rojos
de la encendida mañana,
ya entre las orlas de espuma
del adormecido mar,
sobre las playas triscar,
leve como leve pluma,
y mi pecho arrebatat.

Y pues la suerte dichosa,
que hoy dirige mi destino,
portento tan peregrino,
de mis afanes tal diosa
me presenta en mi camino,
corro a exhalar a sus pies,
completando mi ventura,

el alma, que en llama pura

volcán encendido es

desde que vi su hermosura.

(Se acerca con timidez a ZORA.)

Ángel celestial...

ZORA:
(Con sencillez y naturalidad.)

Lisardo...

LISARDO:
(Aparte, sorprendido.)

¿Sabe, ¡cielos!, quién soy yo?

Sin duda, pues me nombró...

ZORA:
... hace tiempo que os aguardo.

LISARDO:
(Dudoso.)

¿Vos... me conocéis...?

ZORA:
¿Pues no?

LISARDO:
(Con vehemencia.)

Y yo os conozco también,

y ando tras de vos perdido;

y que tan sólo he nacido

para estar, pienso, ¡oh mi bien!,

a vuestro encanto rendido.

ZORA:

Pero ¿mi nombre ignoráis?

LISARDO:

¡Ah!... Sólo sé que os adoro;

todo lo demás lo ignoro.

ZORA:

Y de mí, ¿qué deseáis?

LISARDO:

(Arrebatado.)

Amor..., vuestro amor imploro.

ZORA:

¿Amor...? ¿Qué decís, Lisardo?

¿Olvidáis que ZORA soy?...

¡Ah!... Jamás os vi cual hoy.

De veros tal me acobardo

y temblando toda estoy.

LISARDO:

Mi encanto, mi único bien,

mi tesoro, mi alegría...

¡Oh lumbre del alma mía!,

no miedo, lástima ten

de mi amorosa agonía...

Para ti sólo respiro,

y sin ti quiero la muerte.

¿Qué es vivir sin poseerte?

ZORA:
(Turbada y vergonzosa.)

Lisardo..., yo me retiro.

LISARDO:
¿Puede mi amor ofenderte...?

¿Te ofende...? No seas cruel;

oye mi llanto, mi ruego.

ZORA:
Crece mi desasosiego...

retírome del vergel.

LISARDO:
(Deteniéndola.)

¿Sin responder a mi fuego?...

¡Ah!... Esperad, ¡oh bella ZORA!,

más bella que la mañana.

¡Ay!... Esa encendida grana

que vuestro rostro avalora,

¡cuánto, cuánto os engalana!

(Hincando una rodilla.)

¡Piedad de mí! No, no quiero

la vida sin vuestro amor.

Si dura tanto rigor,

si tenéis pecho de acero,

me moriré de dolor.

ZORA:
(Conmovida.)

¡Lisardo...! ¡Lisardo...! ¡Ay Dios!

No penséis que el pecho mío...

LISARDO:
¡Cuánto a mi pasión da brío

la inquietud que advierto en vos!

ZORA:

Y yo..., basta..., ¡oh desvarío!...

LISARDO:

(Tomándola una mano y besándosela con ansiedad.)

No basta..., no, que un volcán

es mi pecho. El corazón

arde. Y crece una pasión

en mí tan gigante, tan

de indómita condición,

que..., ¡ZORA...!, ¡ZORA...!, piedad...

(Abatido.)

No sé lo que pasa en mí.

Nunca en mi alma conocí

tan quemadora ansiedad...

(Con vehemencia.)

Ámame, o me muero aquí.

ZORA:

(Con acento enternecido.)

¡Mi Lisardo!

LISARDO:
(Enajenado.)

¡Oh deliciosa

voz, cual no escuché jamás,

y que embriagándome estás

el alma...!

ZORA:
(Tímida.)

Seré tu esposa...

¿Puedes, dí, pretender más...?

LISARDO:
(Con ansiedad.)

Sí, mi esposa... Y ¿me amas? Díme.

ZORA:
(Con ternura.)

Te amo..., sí.

LISARDO:
(Levantándose, fuera de sí.)

No puede ser

que a un hombre mate el placer,

si aun vivo. ¡Oh dicha sublime!

¡Cielos, me ama una mujer!

(Abraza a ZORA.)

ZORA:

Pero no basta, Lisardo,

que cual me dices me adores,

ni que corresponda amante

mi pecho a tus intenciones,

pues para ser yo tu esposa,

y darte de esposo el nombre,

es preciso que mi padre,

que habita un albergue pobre,

en lo más repuesto y solo

de estos intrincados bosques,

me conceda su permiso,

bendiga nuestros amores,

y que en sus manos me jures

ante Dios y ante los hombres

la fe del estrecho lazo

que sólo la muerte rompe.

LISARDO:
(Impaciente.)

Obstáculos a mi anhelo...

¿Quién indiscreto los pone?

ZORA:
(Asustada.)

¡Lisardo...!

LISARDO:
(Confuso.)

No..., Zora mía.

A tu voluntad conforme,

corro a buscar a tu padre

para que grato corone

esta dicha, que en la esfera

del sol radiante me pone.

Vamos,. pues... Mas si, insensato,

se opusiese...

ZORA.:
(Consternada.)

¡Oh Dios!... ¿Entonces...?

LISARDO:
(Resuelto.)

Amándome tú, en el mundo

no habrá quien mi dicha estorbe.

(Van a marchar y sale LISEO, viene con túnica negra, barba blanca y apoyado en un báculo, y los detiene.)

LISEO:
Ten en el paso, que a tu encuentro

salgo para que la logres.

Padre amoroso de Zora,

seguíla a este sitio, donde

he escuchado tus palabras

escondido entre esas flores.

Y la llama conociendo

que arde en vuestros corazones,

y que en ti feliz encuentra

mi adorada prenda el hombre

más capaz por su cariño,

y más digno por sus dotes

de asegurar su ventura,

de merecer sus favores,

por esposa te la otorgo

ante Dios y ante los hombres.

Y bendeciré este enlace,

que hasta la muerte te impone

el compromiso sagrado

de ser su amparo, su norte,

su firme amante y su dicha,

si a jurarme te dispones

el cumplir eternamente

tan santas obligaciones.

LISARDO:
(Con decisión.)

Yo lo juro por los cielos,

anciano, y airados sobre

mi frente su ira tremenda

y su maldición desplomen

si quebranto el juramento

que ahora de mis labios oyes.

LISEO:
(Abrazándolo.)

Pues ahora ven a mis brazos,

para que ellos te coloquen

en los de tu amante esposa,

que tu tierno amor coronen.

(Entrega ZORA a LISARDO y se abrazan estrechamente.)

LISARDO:
(Con agitada vehemencia.)

Celeste luz de mi dichosa vida,
astro de amor y de delicias lleno,
ven, y descansa en mi agitado seno,
que ardiente apenas puede respirar.

Ven, que al tenerte en mis convulsos brazos,
al alentar tu embalsamado aliento,
una existencia tan divina siento
por mis estrechas venas circular,
que juzgo que en el Cielo es imposible
más venturoso ser. Ven, ¡oh alma mía!

Miro en tu rostro un sempiterno día,
en tus ojos un sol eterno arder.

Todo el confuso afán de mis delirios,
todas las ilusiones de mi mente
hoy se realizan al besar tu frente;
desfallezco de gozo y de placer.

(Cae sentado con ZORA en el asiento rústico que estará en medio de la escena, y LISEO se coloca detrás, extendiendo los brazos sobre ambos. El asiento se eleva del suelo y se convierte en un trono formado de flores, de mariposas, de palomas y de tórtolas, y rodeado de cisnes, delfines y conchas, y entra por un lado y otro una tropa de salvajes y de sílfides que bailan en rededor, formando lazos con guirnaldas y bandas de colores, y ofreciendo a LISARDO y a ZORA ramilletes y canastillos de flores. Concluida la danza, se retiran, y con ellos LISEO. Y desaparece todo, quedando el asiento rústico como estaba en el principio, y en él LISARDO y ZORA como embelesados. Y tras de breve pausa se oirá debajo del tablado la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO

Lisardo, en el mundo hay más.

DEL MAL:

El tiempo perdiendo estás.

¿Qué es belleza

sin riqueza...?

Busca riqueza, riqueza tendrás.

Lisardo, en el mundo hay más.

(Lisardo se pone de repente inquieto y pensativo.)

ZORA:

¿Qué, Lisardo, te suspende...?

Yo no sé qué advierto en ti.

¿No eres venturoso...? Dí...

Algo tu anhelo pretende.

LISARDO:

¡Ay Zora! Sí. Aunque tu amor

es el aura que respiro,

y aunque dichoso me miro

de tu encanto poseedor,

a las dichas de mi pecho

y a tu divina hermosura

esta soledad oscura

me parece campo estrecho.

ZORA:

(Con ansiedad y ternura.)

¿Aquí contento no estás...?

LISARDO:

(Con vehemencia.)

A tu lado, hermosa mía,

toda mi alma es alegría.

(Suena bajo el tablado la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO

DEL MAL:

Pero hay en el mundo más.

ZORA:

¿No te encantan estas flores

por las auras regaladas,

que, risueñas y esmaltadas,

dan balsámicos olores?

¿No está pomposa techumbre

de verdes hojas y ramos,

bajo de la, cual gozamos

del sol templada la lumbre?

¿No de este prado las galas?

¿No el murmullo de estas fuentes?

¿No esas nubes transparentes,

que el viento lleva en sus alas?

¿No la quietud en que estás?

¿Esta calma...? ¿Esta alegría...?

LISARDO:

(Que habrá estado muy pensativo mientras ha hablado ZORA, se vuelve a ella y la abraza con entusiasmo.)

Sí, me encantan, Zora mía...

Pero hay en el mundo más.

(Levantándose y creciendo su agitación.)

Hay más, sí. Lo anhele todo

para ti sólo, mi amor;

pues fuera duro rigor

vivir siempre de este modo.

Cubran cimbrias esmaltadas,

bronce y mármol tu beldad;

no en oscura soledad

las silvestres enramadas.

Dente sus suaves olores,

embalsamando el ambiente,

quemadas gomas de Oriente,

mejor que rústicas flores.

Los sonoros instrumentos

den a tu descanso arrullo;

no de un arroyo el murmullo,

ni de un ave los acentos.

Ornen tu frente gentil

oro, perlas y diamantes;

que esas flores rozagantes

parécenme adorno vil.

El orbe admirado vea

nuestro fuego sin segundo;

templo magnífico el mundo

de tu alma hermosura sea.

Pompa, riquezas deseo.

¿Qué es sin ellas la beldad?...

¡Abrazado en la ansiedad

de la opulencia me veo!

(Cayendo en repentino abatimiento y paseándose sin hacer caso de ZORA.)

Mas ¿cómo lograrla yo...

¿Hay más grande desventura?

ZORA:

(Que lo ha escuchado al principio asombrada, y que lo sigue después inquieta.)

¿Mi cariño, mi ternura

no te bastan...?

LISARDO:

(Con despego.)

Zora, no.

(Volviendo en sí y abrazándola.)

Con toda el alma te adoro;

pero hay en el mundo más.

ZORA:

(Afligida.)

¿Te importuno ya quizás...?

LISARDO:

(Fuera de sí.) Ansío la pompa y el oro.

El brillo de las riquezas

es quien da brillo a los nombres...

(Creciendo su inquietud.)

¿Cómo consiguen los hombres

los tesoros y grandezas?

Si no los logran mis brazos,

ni los alcanza mi aliento,

el frenesí que en mí siento

me hará el corazón pedazos.

ZORA:

(Poniéndosele delante, muy afligida.)

¡Lisardo...!

LISARDO:

(Recibiéndola en sus brazos.)

Ven, Zora mía;

ven, que te idolatro, sí.

Pero vivir siempre aquí,

vivir en cárcel sería.

Si no logro mis anhelos,

y si es en la soledad

oscura felicidad

la que me otorgan los cielos,

como te tenga a mi lado,

no me importará volver

al peñasco donde ayer

era tan desventurado.

O al fin, burlando el rigor

de tan oscuro existir,

entre tus brazos morir...,

¡esto fuera lo mejor!

(Se inclina abatido en el hombro de ZORA. Se abren y apartan los árboles del fondo y dejan ver a lo lejos un magnífico palacio; se oyen un cuerno de caza, caracoles y ladridos. Se reanima LISARDO, mirando sorprendido a todas partes, y salen CLORINARDO y FINEO, ricamente vestidos de cazadores, y con ellos cuatro Caballeros lo mismo y una tropa de Monteros y Villanos, unos con perros de caza, otros con azores.)

CLORINARDO:

Ya en el cenit sentado

la viva lumbre de su eterna llama

por los campos derrama

con tanta furia el sol, que bosque y prado

mustias miran sus ramas y sus flores.

Y ahogados de calor los cazadores,
y de sed abatidos los lebreles,
no encuentran ya más fieras
que herir gallardos, o acosar crueles,
por estos campos, montes y riberas.

No mira el gerifalte
ave pintada que veloz esmalte
las leves nubes que ornan el espacio.

Si os parece, Lisardo generoso
vamos a tu magnífico palacio
a disfrutar de plácido reposo,
que no ha sido perdida la mañana,
pues caza habemos hecho
que debe de dejarte satisfecho;
y de ella nuestra gente estar ufana.

FINEO:

Es, amigo Lisardo,

tan rica y abundante,

que excede a lo que pinta Clorinardo.

(Señalando al lado por donde salieron.)

Ahí la tienes delante.

A examinarla ven, pues imagino

que quedará saciado tu deseo,

rindiendo por trofeo

al encanto divino

de tu adorada esposa,

que es de tu pecho y de estos valles diosa

tanta fiera postrada,

ya por nuestros venablos humillada,

ya por los fieles perros

que atruenan con ladridos estos cerros.

Tanta garza real, y aves tan raras,

a que cortara el vuelo

o la acerada punta de las jaras,

o el neblí volador allí en el cielo.

Ni un solo tiro ha errado Clorinaro.

Ven a verlo por ti, noble Lisardo.

CLORINARDO:

Dí mejor que la caza de este día

se debe a tu destreza y valentía,

generoso Fineo.

LISARDO:

(Acercándose con ZORA al bastidor y manifestando gozosa admiración.)

¡Ah!... Sí, amigos, ya veo

con admirados ojos

rendidos a mis pies tantos despojos.

¡Qué feroces y rudos jabalíes!

¡Qué cervales rodados!

¡Cuántos ligeros corzos y venados!

Muy bien han trabajado los neblíes,

según la inmensa suma

de aves gallardas de brillante pluma

que llenan de placer la vista mía.

¡Ay mi Zora adorada!

¿No estás de este espectáculo encantada?

ZORA:
(Con sencillez.)

A mí sólo me encanta tu alegría,

LISARDO:
(Con sencillez.)

Y a mí tu amor.

(Impaciente.)

Pero al palacio vamos;

y ni un momento más nos detengamos.

(Vanse CLORINARDO, FINEO, los Cazadores y Villanos, y al salir LISARDO y ZORA cambia la decoración.)

ESCENA III

Magnífico salón adornado fantásticamente de mármoles, bronce y ricos cortinajes. LISARDO y ZORA, que iban a salir, retroceden admirados al centro de la escena.

LISARDO:
(Sorprendido.)

¡Cielos, cielos!... ¿Deliro?

A mi afán sobrepuja cuanto miro.

(Salen por un lado cuatro Pajes ricamente vestidos, y en afazates de plata traen magníficas ropas para LISARDO. Al mismo tiempo, por el lado opuesto, salen cuatro Damas y con iguales afazates con vestidos y joyas para ZORA. A cada lado se alzan del suelo dos caprichosos tocadores con espejos de metal, y delante de uno visten los Pajes a LISARDO y las Damas a ZORA delante del otro; retirándose unos y otros respetuosamente por el mismo sitio por donde salieron, y desaparecen los tocadores. ZORA queda, como indiferente a todo en el puesto que la vistieron, y LISARDO, después de examinarse a sí mismo, con gran complacencia, vuelve los ojos a ZORA y corre a abrazarla, transportado de alegría.)

¡Qué hermosa estás así!

¡Qué bien adornan tu lozana frente

el oro y el rubí

con la cándida perla del Oriente!

¡Oh cuán gallarda estás

de seda con la ropa rozagante!

¡Y cuánto luce más

la nieve de tu seno palpitante!

(La abraza.)

Abrázame, mi amor.

Nada iguala las dichas que hoy poseo.

Mi ventura es mayor

que cuanto ambicionaba mi deseo.

ZORA:
(Con tierna sencillez.)

Yo, como en el vergel,

soy en este palacio venturosa,

pues aquí, como en él,

logro llamarme tu querida esposa.

LISARDO:
(Después de abrazarla cariñosamente y reconociendo dudoso el salón.)

¿Dónde, Zora, estarán,

los tesoros inmensos y riqueza

que fundamento dan

a tanta pompa y sin igual grandeza?

(Salen NATALIO, viejo, ricamente vestido con una pértiga de plata en la mano; detrás de él, de dos en dos y en buen orden, armenios, persas, indostanos, árabes, chinos, etíopes, moscovitas, dálmatas y otras figuras fantásticas; que en cofres de oro, en sacos de púrpura, en caprichosas angarillas y palanquines, en grandes bateas, en primorosos pebeteros y en las manos y en los hombros, traen diferentes riquezas que se enumeran en la relación

siguiente. Al mismo tiempo salen y se alzan del tablado, en el fondo, elegantes aparadores, donde se vayan colocando con vistoso orden y aparato todos aquellos objetos.)

NATALIO:

(Saludando con gravedad y respeto a LISARDO y a ZORA.)

Esclarecido Lisardo,

señor a quien reverencian

por su dueño estos contornos,

por su amparo estas aldeas.

Yo, intendente de tu casa

y colector de tus rentas,

te presento el rendimiento

que ofrecen lejanas tierras

a tus plantas en tributo,

pábulo de tu opulencia.

(Van pasando los Comparsas presentando lo que traen y haciendo profunda reverencia.)

El monte Ofir, granos de oro;

el mar de Oriente, sus perlas;

sus pedrerías, Golconda;

sus ricos tejidos, Persia;

sus perfumes, el Arabia;

China, matizada seda;

Libia, sus rizadas plumas;

vistasas pieles, Siberia;

marfil, Orisa; Sidonia,

púrpura; cristal, Venecia,

y cuanto el arte produce,

modifica y hermosea.

Todo esto, señor, es tuyo;

feliz disfrútalo, y sean

eternidades los años

que goces tantas riquezas

en los brazos de tu esposa

y en la quietud de esta tierra.

(Después que los Comparsas dejan acomodado todo en los aparadores, se forman en ala en el fondo de la escena, y NATALIO, haciendo una profunda reverencia a LISARDO, les

hace señal con la pértiga de plata, y vanse de dos en dos; detrás de él, LISARDO recorre atónito los aparadores, como embriagado de tanta riqueza, y se dirige después a ZORA, que habrá conservado su sencilla indiferencia.)

LISARDO:

Bella Zora, mi bien, ¡qué alta ventura

es para mí ofrecer hoy a tus plantas

la inmensa suma de riquezas tantas

como debido obsequio a tu hermosura!

Con tal tesoro y con tan linda esposa,

¿qué más puede anhelar el ansia mía?

Más allá no es posible en la alegría

que en mi saciado corazón rebosa.

¿No estás contenta?... Dí.

ZORA:

Siempre a tu lado,

si me quieres, Lisardo, estoy contenta.

Es mi dicha tu amor, ora opulenta,

ora indigente; como plazca al hado.

LISARDO:

(Abrazando a ZORA.)

Me enajena el placer, Zora querida.

Más dicha apetecer fuera demencia,

que en tus brazos gozar y en la opulencia

el breve curso de la humana vida.

¡Ah!, venga a contemplar tanta ventura

el mundo todo, y su deidad te aclame.

Venga, y el hombre más feliz me llame

por dueño de tu amor y tu hermosura.

(Salen FINEO y CLORINARDO con cuatro Caballeros de los que salieron de cazadores, y todos vestidos de gala.)

FINEO:

(Muy rendido.)

Ya que estaréis descansados,

¡oh Lisardo, oh linda Zora!,

a obsequiaros y a serviros

nuestra amistad fina torna.

CLORINARDO:

Y a contemplar, si permites,

estas riquezas que adornan

tu magnífico palacio

y tu ventura coronan.

(Se acercan a los aparadores con los cuatro Caballeros.)

LISARDO:
(Obsequioso.)

Seáis entrambos bien venidos

a ver cuánto es venturosa

mi suerte, y cómo los cielos

hoy de sus dones me colman.

FINEO:
(Acercándose muy rendido a ZORA.)

¡Oh, qué bella resplandece

vuestra noble faz, señora,

sol que ilumina las almas

de cuantos miraros gozan!

ZORA:
(Con sencilla indiferencia.)

Siempre galante, Fineo,

sois en palabras y en obras.

LISARDO:

Pero hoy la verdad te dice

que eres un prodigio, Zora.

CLORINARDO:

(Repasando con ávidos ojos las riquezas.)

Ved, amigos, qué portento

de tesoros se amontona

en estos aparadores.

¡Dichoso quien tanto logra!

(CLORINARDO y los Caballeros hablando entre sí, lo mismo que FINEO y ZORA; aquél, con vehemencia, y ésta, sosegada. Y LISARDO, que se había mostrado muy complacido, queda trastornado oyendo sonar bajo el tablado, como siempre, la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO

Es acechada

DEL MAL:

la belleza.

Es codiciada

la riqueza.

FINEO:

De cuantos ricos tesoros,

de cuantas soberbias joyas

en su espacioso recinto

este alcázar atesora,

es el más resplandeciente,

es la más encantadora

el de la belleza suma

de vuestras divinas formas,

el de la expresiva gracia

de vuestras acciones todas.

Y venturoso Lisardo...

ZORA.:

Cesen ya vuestras lisonjas.

Con tener ese tesoro,

con poseer tan rica joya

a los ojos de Lisardo

me tengo por venturosa.

(Siguen hablando entre sí.)

CLORINARDO:

(Siempre recorriendo los aparadores.)

¡Oh, qué envidiable opulencia!

El alma me tiene absorta.

(Sigue hablando con los suyos.)

LISARDO:

(Desde que oyó la voz corre desatentado, ya a escuchar lo que hablan FINEO y ZORA, ya a espiar a CLORINARDO y a los cuatro Caballeros, y convulso y despechado se para a un lado, y dice aparte.)

¡Ah! ¡ClorinarDO, Fineo!,

con su presencia me ahogan;

de uno, las dulces palabras;

de otro, las miradas torvas;

¡toda el alma me envenenan,

todo el pecho me destrozan.

Codician, sí, mis venturas...

Las acechan... Me las roban...

El corazón me atormentan

tal temor y tal zozobra

siento en mí, tales recelos,

tales ideas se agolpan

en mi acalorada frente,

que en una sima espantosa

de tormentos insufribles

y de infernales congojas

me confundo. ¡Cielos, cielos!,

¿qué dice Fineo a Zora...?

Clorinaro, ¿qué proyectos

dentro de su mente forja?

(Resuelto.)

¡Ah!, devórelos la llama

que mi airado pecho brota.

No tengo espada, no tengo

espada... ¡No!... Mas ¿qué importa?

Tengo brazos, y con ellos

y con mi esfuerzo me sobra

para hacer cien mil pedazos

al que intente...

(Conteniéndose.)

¿Dó me arroja

mi furor?... ¡Ah!, reprimirme

tal vez me conviene ahora,

que cuando hay que perder mucho

la decisión no es tan pronta.

(Alto y con voz templada.)

¡Oh Clorinaro, oh Fineo!

Escuchadme, amigos, ¡hola!

CLORINARDO:
(Acercándose muy solícito.)

¿En qué podemos servirte?

FINEO:
(Acercándose.)

Dispón de nuestras personas.

LISARDO:
(Turbado.)

Aún más descanso quisiera,

que está fatigada Zora.

FINEO:

Al punto nos retiramos;

nuestra imprudencia perdona.

CLORINARDO:

Tornaremos cuando gustes,

porque nos anima sola

el ansia de complacerte.

FINEO:

(Mirando a ZORA.)

¡Oh, qué mujer tan hermosa!

(Vase.)

CLOTARDO:

(Mirando a los aparadores.)

¡Oh, qué envidiable riqueza!

(Vase con los cuatro Caballeros.)

LISARDO:

La rabia mi pecho ahoga.

(Queda sumergido en honda y sombría meditación, y ZORA, después de observarle con afán, corre a él con la mayor ternura.)

ZORA:

Mi Lisardo, mi esposo,

mi único bien..., ¿qué tienes?

¿A abrazarme no vienes?...

¿Se ha entibiado tu amor?

Turbado, cuidadoso

desque riquezas tantas

contemplas a tus plantas,

te miro con dolor.

LISARDO:
(Agitadísimo.)

Aparta, que tu voz de una manera

vibra en mi corazón

que no puedo explicar, aunque quisiera,

y me llena de furia y confusión.

ZORA:
(Afligida.)

Lisardo, consternada,

¡oh mísera infelice!,

lo que tu labio dice

me ha dejado. ¡Ay de mí!

En tu mente agitada,

¿qué feroz pensamiento

reina en este momento

que te ha mudado así?

LISARDO:

Reinan, ¡oh Zora!, en mi confuso pecho

tal zozobra y afán,

que tienen, ¡ay!, mi corazón deshecho,

y mi alma rota envenenando están.

Tu hermosura y tu amor en mi garganta

son áspero cordel,

y en tomo veo, entre riqueza tanta,

de engaños y de sustos un tropel.

ZORA:

(Con gran ternura.)

Explícame, Lisardo,

la pena que te oprime.

Lo que en ti pasa dime.

¡Ay!, me muero si no.

Habla, que ansiosa aguardo

de tu amargo delirio,

de tu afán y martirio

ser el consuelo yo.

LISARDO:

(Abatido, aparte.)

¡Ay!... Un labio tan puro y delicioso,

¿podrá, ¡cielos!, mentir...?

Acaso... No, imposible. ¡Qué horroroso

entre duda y recelo es el vivir!

(Alto.)

¿Qué te decía tan galán Fineo?

¿De qué, dime, te habló?

Sólo el averiguarlo es mi deseo;

dímelo al punto, pues lo exijo yo.

ZORA:

Yo, Lisardo, gustosa

referírtelo quiero:

rendido y lisonjero

elogió mi beldad.

Me dijo que era diosa

de almas y corazones...

(Turbada al mirar el semblante de LISARDO.)

Mas ¿pálido te pones

y crece tu ansiedad...?

LISARDO:

(Furioso.)

¡Cielos! ¿Y tú gozosa lo escuchaste?

¿Y lo osas repetir...?

¿Qué veneno en mi pecho derramaste?

¿En qué sima infernal me vas a hundir?

ZORA:
(Con ansiedad.)

¡Lisardo!... ¿Qué te altera?

¿No eres tú el que querías

de nuestras alegrías testigo el mundo hacer?

Y ahora de esta manera,

porque me elogia el mundo,

en rencor furibundo

miro tu pecho arder.

Y feroz y celoso

de mi fe pura y santa,

con injusticia tanta

te atreves a dudar.

Vuelve en ti, dulce esposo;

injustos son tus celos,

lo juro por los cielos...

Ven..., tórname a abrazar.

Ven, injusto Lisardo,

y a la selva tornemos,

donde tantos extremos

a tu amor merecí.

Pues tiemblo y me acobardo

al mirar tu semblante,

inquieto y delirante,

desde que estoy aquí.

LISARDO:

(Que durante la relación anterior habrá caído en profundo abatimiento, se arroja en brazos de ZORA.)

¡Ay de mí! ¡Zora!... Tu divino acento

bálsamo es celestial!

que de mi corazón calma el tormento.

Ven a mi seno, esposa angelical.

¡Ah! Perdona ami amor puro y ardiente,

¡oh divina mujer!,

que en furia se convierte de repente

si teme que tu encanto va a perder.

Sí; estoy seguro de que nadie puede

tu tierno corazón

robarme, porque es bronce que no cede

al golpe de la inicua seducción.

Mas otro susto, aunque menor...

ZORA:
(Dudosa.)

¡Lisardo!

LISARDO:
Zora, ¿no viste, dí,

la envidia y ansiedad de Clorinaro

al ver estas riquezas que hay aquí?

ZORA:
¿Las codicia tal vez...?

LISARDO:
Robarlas quiere.

Mas no las robará,

aunque con esos cómplices viniere,

con los que acaso un plan ha urdido ya.

Mas no tengo, entre tanto como tengo,

una espada... Y tal vez...

(Resuelto.)

Mas no importa, que en tanto que la obtengo

me sobran mi desnudo y mi altivez.

(Recorre inquieto la escena, y ZORA le sigue con la vista. Suena debajo del tablado la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO
Amparo de la belleza,

DEL MAL:
defensor de la riqueza

es el poder.

El da al hombre

gloria y nombre,

fama eterna, eterno ser.

(LISARDO, que oye esta voz, viene al centro de la escena y queda pensativo.)

ZORA:
(Acercándose a LISARDO.)

¿Qué nueva inquietud, Lisardo,

noto en tu semblante yo?

¿Qué otro nuevo pensamiento

agita tu corazón?

LISARDO:

Contemplando estaba, Zora,

que cuando el Cielo me dió

de tu beldad el tesoro,

con el inmenso valor

de esas riquezas, dominio

y poder darme debió,

para ser de ti y de aquéllas

el amparo y protección.

Y porque, al cabo, ¿qué sirven

y del mundo en este rincón

un palacio, esas riquezas,

tanta dicha, tanto amor?

Mi ardorosa fantasía

y mi activo corazón

han menester más espacio

y una esfera superior.

Hombres a quienes el Cielo

el temple que tengo yo

les concede, necesitan

dar muestras de su valor:

tener mando y poderío,

y un renombre, que en la voz

de la fama imponga al mundo

respeto y admiración.

ZORA:
(Asustada.)

¡Lisardo!...

LISARDO:
Sí, Zora mía.

No puedo ocultarlo, no.

Arde en tan activo fuego
mi gigante corazón,
que es estrecho este recinto
para extender su explosión.

Quiero volar a otro espacio,
y de gloria y nombre en pos
quiero recorrer el mundo;
quiero...

ZORA:
(Afligida.)

¡Desdichada yo!

Abandonar, ¡oh Lisardo!,
esta opulenta mansión,
y, el delicioso sosiego
que el Cielo te concedió,
despreciando estas riquezas,

y mis brazos, y mi amor.

¡Insensato!

LISARDO:

Zora mía,

porque crece la pasión

con que te adoro, deseo

gloria y poderío yo.

Ya a mis ojos esas joyas

que adornan tu frente son

vil adorno, aunque tan rico;

quiero dártelo mayor,

del poder y de la gloria

el eterno resplandor,

y el de un nombre esclarecido,

y el de un soberbio blasón.

Quiero que, atónito, el mundo,

al verte, diga a una voz,

amante no, reverente,

con más respeto que amor:

«Esa esposa es de Lisardo,

del que el orbe dominó;

del que igual no reconoce

en cuanto descubre el sol.»

ZORA:

Me estremece tu osadía,

me confunde tu ambición.

La dulce paz de las selvas

tu delirio desdeñó,

y la opulencia tranquila

ya cansa a tu alma feroz.

¡Ay Lisardo!

LISARDO:

Amada esposa,

tu encanto, tu tierno amor

son los que me empujan sólo

a ansiar el verme mayor.

(Agitado.)

¡Cielos..., cielos! Concededme

camino por donde yo

consiga poder y gloria...

Presentadme una ocasión

para que conozca el mundo

dónde alcanza mi valor.

(Fuera de sí.)

Todas aquellas riquezas,

que ya despreciables son

a mis ojos, trocaría

por mirarme triunfador

en un campo de batalla;

por ver a mi altiva voz

cien legiones obedientes;

por oír en la aclamación

de un pueblo entero mi nombre

llegar al trono del sol.

¿Por qué estas delgadas sedas

templado acero no son?...

¿Por qué estas joyas en armas

no cambia la suerte?... ¡Oh!

ZORA:
(Muy afligida.)

Lisardo, Lisardo mío...

¡Ay, qué fuego arde feroz

en tus ojos!... Cuál tu pecho

agitado...

(Va a abrazarlo.)

LISARDO:
(Rechazándola, fuera de sí.)

Aparta, no...

Peligros, fatigas, todo...

Hasta crímenes...

ZORA:
(Retrocediendo, asustada.)

¡Qué horror!

LISARDO:
Logre por cualquier camino

poder y dominio yo.

(Quedan en la mayor agitación. Suenan a lo lejos trompas y timbales. Se estremece LISARDO, y queda pasmada ZORA. En seguida se oye rumor de pueblo. Corre LISARDO desatentado de un lado a otro, y suenan voces dentro.)

VOCES:
(Dentro.)

¡Viva nuestro general!

¡Viva el valiente Lisardo!

OTRAS VOCES:
(Dentro.)

Defendiéndonos gallardo

adquiera nombre inmortal.

ZORA:
(Admirada.)

¡Lisardo!... ¡Cielos!

LISARDO:

(Abrazándola, enajenado.)

Zora..., ¡esposa mía...!

ZORA:
¿Escuchas?

LISARDO:
Ya escuché... ¡Dichoso día!

(Entra ARBOLÁN ricamente vestido, con seis Caballeros armados y dos Pajes, que en bateas de plata traen: uno, una coraza y un casco magníficamente empenachado, y otro, un escudo, una espada y un manto, y entran también una tropa de guerreros y otra de pueblo.)

GUERREROS:
¡Viva nuestro general!

¡Viva el valiente Lisardo!

PUEBLO:
Defendiéndonos gallardo

adquiera nombre inmortal.

ARBOLÁN:
Lisardo generoso,

de tu valor y esfuerzo noticioso,

nuestro gran rey me envía

para, en su nombre, el mando

de sus ejércitos, ansiando

que defiendas su extensa monarquía,

que hoy las falanges bárbaras circundan,

y de sangre y de lágrimas inundan.

Viste la noble malla,

empuña altivo el fulminante acero,

y en reñida batalla

rinde y destroza al enemigo fiero,

que encadenar a nuestra patria intenta,

y que de nuestro rey el nombre afrenta.

(Empiezan los Pajes a armar a LISARDO.)

LISARDO:
(Orgullosa.)

El mando acepto. Y en mi estrella fío

que pronto la victoria coronará

de gloria el alto aliento de mi noble brío.

ZORA:
(Afligida, queriendo abrazar a LISARDO.)

¡Oh Lisardo!... ¡Oh mi bien!

LISARDO:
(Con desdén.)

Déjame, ZORA;

de caricias y amor no es tiempo ahora.

(Al ceñirle la espada, la empuña y dice aparte.)

¡Cielos!... Tengo una espada,

y la tengo empuñada

con garra de león. ¡Ah! Tiemble el mundo,

pues siento de mi pecho en lo profundo

todo un volcán arder, y de él alzarse

y hasta el cielo lanzarse

alma tan colosal, que una corona

de soles busca en la elevada zona.

(Ya acabado de armar, dice alto y con energía.)

Valerosos guerreros,

volemos al combate, a la matanza;

un triunfo en cada lanza

miren temblando los contrarios fieros.

La muerte o la victoria;

o al sepulcro, o al templo de la gloria.

(Le presentan un escudo, se sube en él y, atravesando por debajo de él dos lanzas, le alzan cuatro Soldados de tierra, y así sale de la escena.)

ZORA:
(Arrojándose a su encuentro, desconsolada.)

¿Dónde, Lisardo, vas?

LISARDO:
Donde me llama

el astro del dominio y de la fama.

(Vanse. Cae el telón.)

Acto segundo

ESCENA PRIMERA

La escena representa la gran plaza de una magnífica ciudad oriental, ocupada, como los balcones y azoteas, por un pueblo inmenso, en que se vean distintas clases, edades y sexos. Tremolarán banderas de colores en las torres y obeliscos. Se oirán bandas de músicas militares. Sale una tropa de guerreros; detrás de ellos, trofeos de pendones y armas vencidas, y luego ARBOLÁN con los mismos seis caballeros que le acompañaban en la última escena del acto anterior. Después, un magnífico carro triunfal, tirado por cuatro reyes bárbaros encadenados, y rodeado de un toro de doncellas, vestidas de blanco, con guiraldas y pebeteros que echan humo. En el carro sale sentado LISARDO con un rico y brillante capacete, coronado de vistosas plumas, y vestido de armas resplandecientes, y encima un manto de púrpura. Detrás del carro saldrán guerreros cautivos. La escena estará alumbrada con llama de bengala. El carro se parará en medio de ella, y en su rededor bailarían las doncellas. Y el pueblo se prosterna ante él. La gruta de Marcolán estará siempre inmutable.

UN GUERRERO:

¡Viva nuestro general,

el valeroso Lisardo!

UNO DEL PUEBLO:

Defendiéndonos gallardo

adquirió nombre inmortal.

TODOS:

¡Viva nuestro general!

UN GUERRERO:

(Cantando acompañada por la orquesta.)

Un rayo es su espada

que al bárbaro aterra,

y al dios de la guerra

causara pavor.

CORO:

(Cantando acompañado por las bandas militares.)

¡Viva el vencedor!

VOZ:

La patria salvada

por su esfuerzo vemos;

ufanos cantemos

su heroico valor.

CORO:
¡Viva el vencedor!

VOZ:
Glorioso su nombre,

que el orbe proclama,

alcance en la fama

eterno loor.

CORO:
¡Viva el vencedor!

VOZ:
Y aterre y asombre,

deshaga y confunda

la saña iracunda

de todo invasor.

CORO:
¡Viva el vencedor!

(Vuelven a bailar las Doncellas un momento, y se pone en movimiento lentamente el carro.)

UN GUERRERO:
¡Viva nuestro general,

el valeroso Lisardo!

UNO DEL PUEBLO:
Defendiéndonos gallardo

adquirió nombre inmortal.

TODOS:

¡Viva nuestro general!

(Sale el carro de la escena, y vanse por un lado y otro, con la rapidez posible, el pueblo y los coros.)

ESCENA II

Se alza por escotillón un magnífico trono, y en él sentados el REY y la REINA, con manto real y corona. Rápidamente se cambia la escena al mismo tiempo en un salón fantástico y magnífico. Salen por un lado y otro guardias, damas, pajes y cortesanos, todos vestidos de gala, y LISARDO con la cabeza descubierta, seguido de ARBOLÁN y de sus seis caballeros.

REY:

Valeroso Lisardo, en quien el mundo

ve arder un sol de gloria sempiterna,

defensor de mi reino y de mi trono,

ven, y a mis brazos, cual mereces, llega.

Ven a que ciñan tus gloriosas sienes

de laurel eternal mi mano regia.

Ven a ser el segundo de mi imperio,

y la joya mayor de mi diadema.

LISARDO:

Monarca generoso, cuyo nombre

postrado el mundo atónito respeta,
y a quien espero que mi fuerte lanza
haga dominador de la ancha tierra,
esas palabras que os dignáis hablarme
son premio suficiente y recompensa
de mis fatigas todas, y me ensalzan
de la inmortalidad a la alta esfera.
Logre la dicha, sí, de que mi frente
vuestra mano real hoy engrandezca
con el verde laurel. Mas permitidme
que, antes que goce las mercedes vuestras,
las reclame en favor de los valientes
que con esfuerzo heroico y fortaleza
a lograr la victoria me ayudaron
y a dar cima feliz a mis empresas.
El valiente Arbolán, y estos valientes,

que hoy ante vuestro solio se presentan,

a mi lado gloriosos combatieron,

arrollando las bárbaras enseñas

y sembrando el asombro y exterminio,

de la patria y de vos en la defensa.

Antes que a mí premiadlos, yo os lo ruego.

Dadles el galardón de sus proezas,

pues sin su esfuerzo y lanzas invencibles,

el término felice de la guerra

no hubiera, no, tan pronto coronado

nuestro noble valor con gloria eterna.

REY:

Con tu esfuerzo, Lisardo generoso,

que compita pretendes tu nobleza.

Ven, y el laurel recibe de mi mano;

y a tu gusto después corona y premia,

como dispensador de mis mercedes,

a los que han militado en tus banderas.

Tú, testigo ocular de sus hazañas;

tú, ejemplo de su arrojo y fortaleza;

tú, segundo en mi imperio, eres el solo

que en mi nombre ha de darles recompensa.

LISARDO:

(Aparte.)

¡Oh inefable placer!... Es imposible

que alcance un hombre superior esfera.

¡Ah!... Todos mis afanes se han cumplido.

No hay mortal más feliz que yo en la Tierra.

(Al acercarse al trono clava los ojos en la REINA, y se turba. Aparte.)

¡Cielos!... ¡Qué sol radiante de hermosura!

Merece ser del Universo reina.

(Llega al trono, hinca las rodillas delante del REY, y éste toma un laurel, que le presenta un Paje en una batea, y corona a LISARDO. Entre tanto suena bajo el tablado la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO

Lisardo, en el mundo hay más.

DEL MAL:

Tú de rodillas estás

delante de este dosel,

y un hombre sentado en él,

que no es, cual tú, vencedor.

¿Lo sufrirá tu valor?

(Acaba el REY de coronar a LISARDO, y éste se levanta agitado y pensativo.)

REY:

La rodilla doblad también, Lisardo,

ante las plantas de mi esposa excelsa

para que por su mano galardone

el insigne valor que en vos alienta.

LISARDO:

(Aparte, acercándose turbado.)

¡Oh, qué prodigio de beldad!...Mi pecho

al ir a contemplarlo tan de cerca,

arde y se abrasa... ¡Oh, cuán venturoso

será el mortal que su atención merezca!

(Se hinca de rodillas delante de la REINA, y ésta se quita una rica banda bordada de oro, y la echa al cuello de LISARDO. Entre tanto suena bajo el tablado la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO

Esa divina mujer,

DEL MAL:

¿por qué tuya no ha de ser...?

Piensa el camino en que estás.

Lisardo, en el mundo hay más.

(Se levanta LISARDO muy agitado, y dice aparte.)

LISARDO:

¡Yo de rodillas, yo, y otro hombre en tanto

sentado en un dosel...! ¡Y una hermosura,

una celeste angélica criatura

siendo a mis ojos su amoroso encanto!

No sé qué pasa en mi abismado pecho.

Ni la gloria, ni el eco resonante

del popular aplauso, ni el triunfante

laurel me lo han dejado satisfecho.

REY:

(Levantándose de su asiento.)

¿Qué os suspende, Lisardo...? Ansioso espero

que premiéis en mi nombre los afanes

de esos esclarecidos capitanes,

y en mayor libertad dejaros quiero.

(Baja del trono)

REINA:

(Con vehemencia bajando del trono acercándose a LISARDO.)

Modelo de valor y gallardía,

eterna, cual será vuestra alta gloria,

en vuestro pecho reine la memoria

de que esa banda que os ceñís fué mía.

(Vanse el REY y la REINA y todo el acompañamiento, quedando solos LISARDO, ARBOLÁN y los seis Caballeros.)

LISARDO:

(Aparte.)

El todo su poder así me deja;

pero no me ha sentado, no, en su trono.

Y de ella, ¡cielos!, el semblante, el tono

No sé qué afán el corazón me aqueja.

Aún hay más, y ese más ha de ser mío.

¿Por qué me he de parar en la carrera

que ofrece la fortuna placentera

al raudo curso de mi ardiente brío?

ARBOLÁN:

(Hincando una rodilla, y lo mismo hacen los seis Caballeros.)

Valeroso general,

permítenos que postrados

tus favores señalados...

LISARDO:

(Aparte, mirándolos con complacencia.)

Puestos así no están mal.

ARBOLÁN:

... te paguemos...

LISARDO:

(Levantándolos con afectada solicitud.)

¡Qué locura! Alzad amigos leales,

pues somos todos iguales

en la gloria y la ventura.

ARBOLÁN:

No hay ninguno igual a ti.

LISARDO:

(Aparte.)

¡Ojalá!

(Alto.)

Todos lo fuimos

cuando en el campo vencimos,

y debemos serlo aquí.

ARBOLÁN:

Nos honras, que fué tu espada

la sola que consiguió

el mayor triunfo que vió

la Tierra. Y es extremada

la bondad con que ante el rey

de elogios hoy nos colmaste

y premios solicitaste...

LISARDO:

Muy justos a toda ley.

Y pues que en mi mano está

el repartirlos, pedid,

que vuestro esfuerzo en la lid

galardonado será.

ARBOLÁN:

Eres generoso y justo;

a tu voluntad dejamos

el premio, y nos sujetamos

a lo que fuere tu gusto.

LISARDO:

(A Arbolán.)

Tú senescal has de ser

del imperio, y del Tesoro

quinientos marcos de oro

puedes ir a recoger.

(A los Caballeros.)

A aquesto seis caballeros,

generales de frontera

los nombro, y tras su bandera

verán doce mil guerreros.

Y dos mil marcos de plata

cada cual ha de tomar.

ARBOLÁN:

(Arrojándose con los seis Caballeros a los pies de LISARDO.)

Déjanos tus pies besar.

Tuviéramos alma ingrata

a no demostrar así

que esclavos tuyos nos haces;

y hasta de morir capaces

somos, Lisardo, por ti.

LISARDO:

Alzad, amigos; alzad.

ARBOLÁN:

(Levantándose.)

¡Oh, qué bondad tan inmensa!

LISARDO:

(Con énfasis.)

Sólo quiero en recompensa

que me juréis amistad.

ARBOLÁN:

(Con vehemencia.)

¡Ojalá llegue ocasión

en que de ella reclaméis!...

LISARDO:

¿A todo me ayudaréis?

ARBOLÁN:

(Resuelto)

Nuestros brazos vuestros son.

LISARDO:

Está bien. ¿Y los soldados?

ARBOLÁN:

Os adoran, general.

No reconocen igual

en todos estos Estados.

LISARDO:

(Satisfecho.)

Está bien. Víveres, oro,

laureles les repartid,

y en mi nombre les decid

que su amor es mi tesoro.

ARBOLÁN:

Sois su numen tutelar;

confianza en ellos tened,

vuestro apoyo en ellos ved,

que a todo os han de ayudar.

(Vase con los seis Caballeros.)

LISARDO:

(Después de meditar un momento.)

Grandes mis dichas son.

Mucho le debo, mucho, a la fortuna.

Ya sólo un escalón

hay para una eminencia cual ninguna.

(Mira al trono.)

¿Y no lo he de subir...?

Fuerza, sí, para hollarlo hay en mi planta.

¿Quién me lo ha de impedir?...

Aunque es su altura grande, no me espanta.

¿Qué me detengo, pues?

(Se dirige al trono, y se para como asombrado.)

Ante mí, ¡cielos!, se alza una barrera...,

¡ay, que más alta es

de lo que mi delirio presumiera!

Pero qué..., ¿yo temblar?

¿Yo como un miserable retrocedo?

No, que allí he de llegar:

allí ha de colocarme mi desnudo.

Dadme la muerte hoy,

¡cielos!, o que ese puesto altivo escale.

¿Qué es la altura en que estoy,

si otra mayor encima sobresale?

(Meditando.)

Heroico vencedor

me pregonan los labios de la fama...

Por su libertador

un pueblo entero atónito me aclama.

¿Y no podrá tal vez

el público entusiasmo y ardimiento

coronar mi altivez,

dándome hoy mismo ese elevado asiento?

(Despechado.)

No quiero otro mortal

ver, de rodillas yo, cual vi sentado

en ese alto sitial,

que ha de ser mío aunque le pese al hado.

(Corre hacia el trono resuelto y se detiene viendo venir a la REINA.)

¡Cielos!... ¿Quién viene allí?

La reina, hermosa como sol luciente.

Nunca turbado vi

beldad más seductora y esplendente.

(Sale la REINA.)

REINA:

(Cariñosa.)

¿En esta cámara solo

aún estáis, noble Lisardo,

y, cual vuestra frente muestra,

pensativo y agitado?

¿Qué os altera y acongoja,

cuando habéis en lo más alto

la rueda de la fortuna

con firme planta fijado?

¿Qué inquietud turba los goces

que os deben dar esos lauros,

tan esclarecida gloria,

tan merecidos aplausos?

Si aun hay en el ancho mundo,

valiente guerrero, algo

que excite vuestros deseos,

al punto manifestadlo

sin temor a vuestra reina,
pues si pende de su mano,
al punto tendréis, lo juro,
cuanto apetezcáis, Lisardo.

LISARDO:
(Perplejo.)

Señora..., el interés grande
que me muestra vuestro labio,
mi más fervoroso anhelo
deja cumplido y colmado;
que merecer de ese modo
solícito sobresalto
a vuestro pecho es, señora,
una dicha, un bien tan alto,

(Con vehemencia.)
que por conseguirlo diera
gloria, laureles, aplausos,

mi sangre, toda mi vida...

REINA:
(Complacida.)

¿Estáis de veras hablando?

LISARDO:
Con el alma... Mas ¿qué os turba?

REINA:
(Agitada.)

Temor, ¡oh noble Lisardo!...

LISARDO:
(Apasionado.)

¿De qué?

REINA:
(Tímida.)

De que sorprendisteis

de mi pecho los arcanos.

LISARDO:
¡Oh reina!

REINA:
¡Ilustre guerrero!

LISARDO:
(Turbado.)

¡Señora...! ¿Llegará a tanto

mi dicha...? ¿Tan venturosa

mi suerte...?

REINA:
(Apasionada.)

¡Quién contemplaros

puede con esa aureola

brillante como los astros,

que vuestra frente circunda,

sin que os rinda..., ¡cielo santo!

¿Por qué la pasión del pecho

no sabe encubrir la el labio?,

sin que os rinda... Pero basta;

¡no puedo más..., no, Lisardo.

LISARDO:
(Arrebatado.)

Vuestras palabras, ¡oh reina!,

sol, diosa, prodigio, encanto,

me hacen más que hombre; me lanzan

a un cielo que el de los astros
deja atrás... Desde el momento
que os vi, los ardientes rayos
de vuestros divinos ojos
con tan poderoso encanto
mi corazón y mi mente
encendieron y alumbraron,
que ya no vi en todo el orbe
más que a vos, a vos, ansiando
sólo merecer dichoso
vuestra atención y cuidado.
Y la victoria, los triunfos,
los laureles, los aplausos,
ya nada para mí fueron,
que eran nada al compararlos
con la dicha de serviros,

con la gloria de agradaros.

REINA:

¡Cielos, qué escucho? ¿Merezco que

seáis vos...?

LISARDO:

(Arrojándose a sus plantas.)

Sí..., vuestro esclavo

soy, y en serlo venturoso.

REINA:

(Levantándolo.)

Alzad, mancebo gallardo,

que no está bien a mis plantas

quien debe estar en mis brazos.

Juráis secreto profundo,

impenetrable, de cuanto

mi confianza deposite

en vos...?

LISARDO:

¿Y podéis dudarle?

REINA:

(Recelosa.)

¿Y con valeroso esfuerzo

y con decidido brazo me ayudaréis...?

LISARDO:

Hablad pronto,

que en impaciencia me abraso,

REINA:

(Satisfecha.)

Sí. Lo esperé desde el punto

que os vi, glorioso Lisardo.

Y tan ciega confianza

con el amor en que ardo

me inspirasteis, que resuelta

he venido aquí a buscaros,

porque de vos necesito.

LISARDO:

(Resuelto.)

Soy vuestro humilde vasallo.

REINA:

(Con énfasis.)

Sois más... Y seréis, lo juro,

mucho más.

LISARDO:
(Enajenado.)

¡Oh Cielo santo!

REINA:
(Agitada y con reserva.)

Oye. Bajo esta corona,

bajo este soberbio manto,

la mujer más infelice

soy del orbe. Y de ti aguardo

el fin de mis desventuras,

de mis zozobras descanso.

LISARDO:
Hablad... ¿Qué tardáis, señora?

REINA:
Ese trono es mío, Lisardo.

Lo heredé de mis abuelos,

y el rey que viste sentado

en él, es rey solamente

porque yo le di mi mano.

Y se la di. ¡desdichada,

en mis infantiles años

por políticas razones,

sin conocerlo ni amarlo.

Mas paga favor tan grande

detestándome inhumano,

y a mis pueblos oprimiendo,

cual si fuesen sus esclavos.

E incapaz de defenderlos

con valor y de ampararlos,

sin tu denodado esfuerzo,

sin el vigor de tu brazo,

presa mi reino sería,

y víctimas mis vasallos,

de esas huestes furibundas

que huyeron sólo al amago

de tu poderosa lanza

y de tu aliento bizarro.

El pueblo y yo, no te asombre,

ansioso necesitamos

quien nos liberte...

LISARDO:
(Animoso.)

Comprendo.

REINA:
Con esfuerzo...

LISARDO:
Estoy al cabo.

REINA:
Y que ocupar pueda el trono...

Y de mí pecho y mi mano...

LISARDO:
(Con vehemencia.)

Basta..., basta...; al punto sea.

REINA:
¿Y tendrás valor...? Dí.

LISARDO:

(Resuelto.)

Vamos.

REINA:

El Ejército te adora,

todo el pueblo entusiasmado

te proclama. Y yo, tu reina,

en amor por ti me abraso.

LISARDO:

Eso basta a darme brío

aun para escalar el alto

firmamento... Al punto, al punto.

¿Dó el rey está? ¿Qué tardamos?

REINA:

Aguarda, joven heroico;

pues cuento ya con tu brazo,

voy a preparar el golpe,

a sosegar el palacio,

a adormecer a las guardias,

a alejar los cortesanos,

y tornaré en busca tuya.

Espérame aquí, Lisardo.

(Vase apresurada.)

LISARDO:
(Fuera de sí.)

¡Cielos!... ¿Conque ya del solio

me dais el camino franco?

En él sabré colocarme.

Y al ver al mundo postrado,

como escabel de mi planta,

sabré, ¡vive Dios!, hollarlo.

(Sale ZORA.)

ZORA:
(Cariñosa.)

Esposo del alma mía,

mi amor, mi felicidad,

¡ay Dios, con cuánta ansiedad

te he seguido todo el día!

LISARDO:

(Sorprendido y aparte.)

¿Zora aquí?... ¡Oh fatalidad!

ZORA:

(Con gran afán y ternura, arrojándose en brazos de LISARDO.)

Dame tus brazos, Lisardo.

Ven y descansa en mi pecho,

que gozoso y satisfecho

te encuentra, al fin, tan gallardo.

LISARDO:

(Aparte, abrazándola confuso)

Todo mi plan se ha deshecho.

ZORA:

Entre turbas populares,

que tu nombre proclamaban,

y guerreros que ensalzaban

tus hazañas singulares

y ardientes vivas te daban;

y al fin en estas mansiones

de reyes y cortesanos,

que te dan a llenas manos

lauros, palmas y blasones,

y timbres y honores vanos,

afanosa te seguí,

sin saber cómo pudieras

horas ver tan lisonjeras,

sin que buscándome a mí

conmigo verlas quisieras.

LISARDO:
(Turbado.)

¡Oh Zora!

ZORA:
 Y como hoy lo allana

todo tu nombre, alcanzar

con él pude el penetrar

hasta aquí, do logro ufana

todo mi anhelo encontrar.

Sí, te hallé, querido esposo.

(Abrazándolo otra vez.)

Torna al seno palpitante

de tu Zora, que anhelante

sin ti no encuentra reposo.

(Notando la inquietud y desdén de LISARDO.)

Mas ¿qué nubla tu semblante?

¿Qué miras en rededor...?

¿Por qué desdeñas los lazos

de mis cariñosos brazos?...

¿Olvidastes, ¡ay!, mi amor?...

Tengo el alma hecha pedazos.

LISARDO:
(Muy agitado.)

¡Zora!... ¡Zora!

ZORA:
¿Qué, cruel?...

LISARDO:
(Perplejo.)

En esta estancia sería

abrazarte demasía...

¿No miras allí un dosel?...

ZORA:
(Apasionadísima y abrazándolo.)

Sólo a ti ve el ansia mía.

LISARDO:
(Separándose con inquietud.)

¡Zora!... No es éste el momento...

La reina...

ZORA:
(Asustada.)

¡Lisardo mío! Tú tiembles...; de sudor frío

bañado tu rostro siento...

¿Qué tienes?

LISARDO:
(Despechado.)

¡Destino impío!

(Haciendo esfuerzos por disimular su agitación.)

Zora..., ¿por qué abandonaste

nuestro palacio, y así

a la Corte, y hasta aquí

a venir te aventuraste?

ZORA:
(Con vehemencia.)

Vine buscándote a ti.

LISARDO:
Está bien... Mas es forzoso

que regreses al instante.

Es en extremo importante

a mi vida, a mi reposo...

ZORA:
(Abatida.)

Lisardo, ¿estás delirante?...

¿A tu reposo, a tu vida

importante puede ser

alejar a esta mujer,

a ti para siempre unida?...

LISARDO:
(Turbadísimo.)

No me puedes entender.

¡Zora!...

ZORA:
(Desconsolada.)

Sí, te entiendo, sí.

Has olvidado mi amor,

y sólo estorbo..., ¡oh dolor!,

es ya Zora para ti.

LISARDO:
(Conmovido y aparte.)

¡Cielos!... ¡Ah!... ¡Qué hermosa es!

(Alto, yendo a abrazarla.)

No, que mi pecho te adora...

(Conteniéndose.)

Mas, ¡ay!..., retírate ahora.

Ya nos veremos después.

(Resuelto.)

Déjame aquí solo, Zora.

ZORA:
(Desconsolada.)

Sí, Lisardo, ya me alejo;

pero tendrás entendido,

amante desconocido,

que para siempre te dejo.

Tengo el corazón partido.

(Queda a un lado llorando y abatida.)

LISARDO:
(Aparte, enternecido y contemplándola.)

¡Zora!... Tan pura..., tan bella...,

tan tierna y angelical...

¡Cielos, qué angustia mortal!...

(Suena bajo el tablado la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO

DEL MAL:
Lisardo, elige entre ella y la corona real.

LISARDO:
(Resuelto y aparte.)

Sacrificarla es preciso,

cuente lo que cuente, sí.

(Alto.)

Zora, al punto sal de aquí,

que es grande tu compromiso,

y en el que me has puesto a mí.

Si me amas, vete..., lo ordeno.

ZORA:
(Confundida.)

¡Ay de mí, desventurada!

(Suplicante.)

Lisardo...

LISARDO:
No escucho nada.

ZORA:
¡Qué mortífero veneno

das a mi alma desgarrada!

Sé, Lisardo, venturoso.

Y si es precisa mi muerte

para venturoso verte,

ingrato y feroz esposo,

completa será tu suerte.

LISARDO:
(Enternecido.)

¡Zora!

(Desconcertado, viendo venir a la REINA.)

Mas la reina aquí

llega apresurada, sí.

(La ase del brazo y la arroja fuera de la escena.)

¡Cielos! ¿Y no te confunde

la tierra, o te traga y hunde...?

Huye, mísera.

ZORA:
(Cayendo detrás del bastidor.)

¡Ay de mí!

(Queda LISARDO agitado y descompuesto, procurando esconder el sitio por donde arrojó a ZORA, y sale la REINA, La escena se oscurece.)

REINA:
¡Lisardo!

LISARDO:
¡Señora!

REINA:

Todo

nos es favorable.

LISARDO:

Vamos.

REINA:

¿Mas que turbación te agita?

LISARDO:

(Esforzándose.)

El ansia de libertaros

de un opresor.

REINA:

(Observándolo.)

Pero ¿tiemblas?

LISARDO:

¿Yo...? No.

REINA:

(Asiéndole del brazo.)

Sí, tiemblas. ¿Acaso

el valor te falta?

LISARDO:

(Respuesto.)

Nunca.

Pronto estoy a demostrarlo.

Mi inquietud es solamente

ansia de llevar a cabo

tu venganza y la del pueblo.

REINA:

Pues ni un momento perdamos.

El rey dormido...

LISARDO:

¡Dormido!

REINA:

Dormido. Y es necesario

que en la eternidad despierte.

LISARDO:

(Retrocediendo, aparte.)

Ahora tiemblo y me acobardo.

¿Ha de dar muerte a un dormido

con traidor golpe mi brazo?

Cuerpo a cuerpo mejor fuera.

REINA:

¿Qué pronuncias...? ¡Insensato!

Nunca empresa tal se fía

al capricho del acaso:

que en asegurar el golpe

están la gloria y el lauro.

Ese trono, esta corona,

mi tierno amor y mi mano,

merecen...

LISARDO:

Basta: ¡volemos!

(Se hunde el trono por el escotillón por donde salió, y se descubre, en el espacio que ocupaba, una ancha puerta, y dentro al REY dormido en un magnífico lecho de púrpura, a la luz de una lámpara. Toda la escena estará oscura, menos la alcoba.)

REINA:

(Dándole un puñal y señalándole al REY.)

Allí está todo, Lisardo.

(LISARDO titubea, horrorizado. La REINA le empuja, y él se arroja decidido, enarbolando el puñal, y cae el telón.)

Acto tercero

ESCENA PRIMERA

Salón del trono, y aparecen LISARDO, con manto real y corona, y la REINA. La gruta de Marcolán se verá siempre inmutable.

LISARDO:
(Muy satisfecho.)

Ya soy rey.

REINA:
 Sí. Ya tus sienes

 ciñe la real diadema,

 y la púrpura suprema

 como propio ornato tienes.

LISARDO:
(Ufano)

 Sí; que desde este dosel,

 hace un momento, he mirado

 a todo un pueblo postrado

 jurarme homenaje en él.

REINA:
 Y homenaje el más sincero,

 pues te aclamó soberano

 en cuanto te di mi mano;

 como al más fuerte guerrero,

 de defenderlo capaz

y de asegurar sus glorias,

con hazañas y victorias,

de todo invasor audaz.

¿Has visto cuán fácilmente

a los hombres se fascina,

y a una nación se alucina

desde una altura eminente?

Del rey muerto, como ves,

ni un vago recuerdo hay ya;

tranquilo el imperio está

y prosternado a tus pies.

Nadie, nadie sospechó

que el golpe que allí te ha puesto

fué de tu mano, o muy presto

si hubo sospecha pasó.

LISARDO:

(Confuso.)

¿De mi mano... ? sí, lo fué.

REINA:

Deja esos recuerdos vanos.

Rendidos los cortesanos

vendrán a besarla.

LISARDO:

(Asustado.)

¿Qué...?

¿Mi mano...?

REINA:

Tu mano, sí.

LISARDO:

(Mirándose horrorizado la mano.)

Está de sangre manchada.

¿Lo ves?

REINA:

(Turbada y reconociendo la mano de LISARDO.)

No, no tiene nada.

LISARDO:

Una mancha tiene aquí.

REINA:

¿Deliras?...

LISARDO:
(Como enajenado.)

No; no deliro.

Que me juren, está bien.

Que la corona mi sien

ciña. Y aun a más aspiro.

Pero esconderé la mano,

porque de sangre una gota

la mancha... Si alguien la nota...

REINA:
(Animándolo.)

Todo tu recelo es vano.

El misterio más profundo

del rey muerto el fin esconde;

ni cómo acabó ni en donde

lo sabrá jamás el mundo.

LISARDO:
(Receloso.)

Pero tú y yo lo sabemos.

REINA:

Y lo sabremos callar.

LISARDO:

(Repentinamente repuesto.)

Pues bien, vamos a reinar,

y entrambos a dos callemos.

(Queda un momento contemplando el trono, y de repente sube a él.)

REINA:

(Aparte.)

Si su delirio abandono,

perdida me considero.

(Le sigue con la vista, observándole de lejos con inquietud.)

LISARDO:

Saborear a solas quiero

todo el placer que da el trono.

(Se sienta. Hablando consigo mismo.)

Sólo se sienta aquí un rey.

Aquí soy omnipotente,

aquí el mundo reverente

ve en mi capricho una ley.

¿Quién mi igual se llamará?

Nadie, nadie... Pues asombre

al orbe entero este hombre,

que en tanta eminencia está.

(Pónese en pie.)

Raíces hondas juzgo aquí

haber echado mis pies,

pues ya el bajar de aquí es

duro esfuerzo para mí.

No está más firme la encina

secular en la montaña,

ni el escollo que la saña

del rugiente mar domina.

Mi poder es colosal.

Toda envidia se desarme.

¿Quién puede de aquí arrancarme?

(Suena bajo el tablado la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO

DEL MAL:

De un asesino el puñal.

LISARDO:

(Bajando precipitado del trono, con la mayor agitación.)

¡Cielos!... ¿Qué idea de horror

me confunde de repente?

¡Ay, que mi orgullosa frente

hirió un rayo aterrador!

REINA:

(Asustada, acercándose a LISARDO.)

Lisardo, señor, esposo.

¿Qué accidente repentino

los profundos pensamientos

y los proyectos altivos,

que os ocupaban a solas

en bien del imperio mío,

trastorna de tal manera

y a vuestra faz roba el brillo?

¿Qué os aqueja?... ¿Qué os asusta?

¿Por qué de repente os miro

tan turbado?

LISARDO:
(Confuso.)

¿Yo turbado?...

(Aparte y repuesto.)

Disimular es preciso,

que descubrir mis temores

mengua fuera de mi brío.

(Alto.)

Contemplaba, amada esposa,

el gran peso que el Destino

ha colocado en mis hombros

y las fuerzas que en mí mismo

reunir para sustentarlo

debo con tenaz ahínco.

Y hallo, sí, ¡viven los cielos!,

que aun es el aliento mío

tan superior a la carga

que sobre mis hombros miro,

que estoy dispuesto a que el orbe

me admire como a un prodigio.

Y estoy dispuesto...

(Queda distraído.)

REINA:

(Asustada.)

¡Lisardo!

(Aparte.)

Me asustan sus desvaríos,

y que sus locos proyectos

le entibien en mi cariño.

Llamar su atención me importa;

encadenarle es preciso,

si han de tener cumplimiento

mis planes y mis designios.

(Alto y en extremo cariñosa.)

Lisardo, mi amado esposo,

vuelve en ti. Lisardo mío,

¿seré tan desventurada

que de la corona el brillo

y los cuidados inmensos

que el Cielo encargarte quiso

te hagan entregar, ingrato,

mi tierno amor al olvido?

LISARDO:

(Vuelve en sí y le echa los brazos.)

¡Jamás!... A mi seno llega.

Eres mi amor, mi delirio.

(La abraza y dice aparte:)

No sé qué pasa en mi pecho:

ni yo me entiendo a mí mismo.

(Se separa y continúa, aparte.)

Esta mujer tan hermosa

que dominó mis sentidos

un momento..., ahora... la amo.

Pero en el alma un vacío

me deja... ¡Mi ZORA, cielos!...

¡Oh, qué soberano hechizo

era para mí! Esta es reina,

y de mí sólo son dignos

de una reina los amores.

La amo, sí... No sé qué digo.

En un mar de confusiones

y de desdichas me abismo.

REINA:

(Que ha estado contemplando a LISARDO con temor e inquietud.)

Veo, Lisardo, que en tu mente

mil pensamientos distintos

se agolpan, y que te agitan

fantásticos desvaríos.

No es extraño: las diversas

conmociones, que han herido

tu corazón en la altura

do tu estrella y mi cariño

te han colocado, no pueden

tener tu pecho tranquilo.

Sal a caza. El aire libre

respira, Lisardo mío.

Corre esas verdes praderas;

cruza esos parques sombríos

que este palacio circundan,

y tendrá tu mente alivio.

LISARDO:

Sí, mientras llega la hora

del regio festín, preciso

es que busque yo en los campos

descanso de mis delirios.

(Se acerca al bastidor.)

¡Hola!

(Sale un PAJE.)

PAJE:

¡Señor!

LISARDO:

Mis caballos

y moneros al proviso

se apresten para la caza,

que ir al campo determino.

Y al gran senescal decidle

que al punto venga a este sitio.

REINA:
(Cuidadosa.)

¿Con tanta prisa? ¿Qué quieres

de Arbolán...? Dí.

LISARDO:
Que conmigo

venga a caza. Lo amo tanto,

que es mi consuelo.

REINA:
(Aparte.)

Respiro.

(Sale ARBOLÁN.)

ARBOLÁN:
(Hincando una rodilla.)

A vuestros altos preceptos,

siempre obediente y sumiso,

llego ansioso a vuestras plantas,

sólo anhelando serviros.

LISARDO:
(Levantándole.)

Alza, Arbolán valeroso,

y llega a los brazos míos.

Te llamo para que a caza

vengas al campo conmigo.

ARBOLÁN:
(Dudoso y mirando a la REINA.)

Señor...

LISARDO:
Sí, tu compañía

hoy, cual nunca necesito.

Tú eres, de cuantos me cercan,

el hombre que más estimo,

por quien amistad más pura

en mi corazón abrigo.

ARBOLÁN:
Tantas honras me confunden;

pero me abren el camino

de poder manifestaros

que esa amistad que, benigno,

me concedisteis, pagada

está por el pecho mío.

LISARDO:

Me gozo en reconocerlo.

¡Es el tener un amigo

don tan grato en esta vida

de zozobras y peligros!

Mas vamos juntos al campo.

ARBOLÁN:

(Turbado.)

No puedo, señor, seguiros.

REINA:

Imposible.

ARBOLÁN:

En el momento

en que un cambio repentino

de estos reinos en el trono

admirado el mundo ha visto,

para que tengáis descanso,

que yo vigile es preciso.

LISARDO:
(Mortificado.)

Está bien. No me acompañes.

(Aparte.)

No sé cómo me reprimo,

pues al verme contrariado...

Mas reprimirme es preciso.

¿Conque no lo puedo todo?

¿Conque en el mundo hay motivos

que, aunque fútiles y leves,

obligan a que el rey mismo

su voluntad sacrifique?...

Se confunde el pecho mío.

(Hacen seña, y se van la REINA y ARBOLÁN.)

ESCENA II

Al ir a salir LISARDO se cambia la escena en un bosque intrincado. Decoración corta. El queda vestido ricamente de cazador

LISARDO:
(Arrimándose al bastidor, como hablando con sus cazadores.)

Disponed de la caza el aparato

por esos bosques y empinados cerros.

Soltad los gerifaltes y los perros.

Dejadme a solas descansar un rato.

(Viene a la mitad de la escena.)

Mientras mis cazadores no reposan,

persiguiendo las fieras y las aves,

quiero dar rienda a pensamientos graves,

que por doquier me siguen y me acosan.

Monarca de un imperio poderoso,

ya me respeta prosternado el mundo,

y me anonado absorto, y me confundo

al ver que en sitio tal no soy dichoso.

No lo soy, no. Pensé que la corona

de la felicidad todos los bienes

en sí encerraba, y al ceñir mis sienas

nuevos afanes sobre mí amontona.

(Se sienta muy agitado.)

Un peso tengo aquí,

(Pone la mano sobre el corazón.)

peso que abruma

mi existencia infeliz. Peso de un crimen,

y de que no me libran y redimen

ni solio, ni poder, ni alteza suma.

También, ¡ah!, me confunde el pensamiento

de que de una mujer debo a la mano

la corona, y el trono soberano,

en que cercado de pavor me siento.

(Pausa.)

¿Por qué no nací rey...? Advenedizo

tal vez con risa de desdén me llaman

allá en su corazón los que me aclaman...

¡Y su aplauso mi orgullo satisfizo!

El mortal, ¡ay de mí!, más desdichado

soy que cobija con su manto el cielo,

corriendo de un anhelo en otro anhelo

a una sima sin fondo despeñado.

(Pausa.)

¿Por qué no nací rey...? Mas si el Destino

me negó el que naciera en regia cuna,

armas me dió, y valor y alta fortuna,

que del poder y el trono son camino.

(Exaltado.)

Al derecho de sangre el de conquista

sustituyan mi espada y la victoria;

y un reino fundaré con alta gloria,

que unido siempre con mi nombre exista.

Sí, aprovechando brazos y riquezas,

de que hoy disponer puede mi albedrío,

ganaré un reino que se llame mío,

y que deba su nombre a mis proezas.

(Suenan una estrépitosas carcajadas. LISARDO, sorprendido, se levanta y mira a todos lados.)

¡Cielos!... ¿Quién se esconde aquí,

y de mi plan se burló?

¿Quién tan inmediato a mí

osó colocarse...?

(Mientras LISARDO dice estos versos, entra por escotillón, en medio de la escena, una BRUJA estafalariamente vestida de negro y encarnado, con una vara en la mano, en que estará enroscada una culebra, y cuyo pomo será una calavera.)

BRUJA:

Yo.

LISARDO:

(Repara en la BRUJA, retrocede horrorizado y luego torna, repuesto.)

Y quién, mísera mujer,

eres tú...? Dílo, infeliz.

BRUJA:

(Con sarcasmo.)

Una infelice que a ver

viene a un hombre muy feliz.

LISARDO:

(Airado.)

¿Sabes, dí, que tu rey soy...?

Cuenta con tus labios ten.

BRUJA:

(Con desprecio.)

¿Y sabes que donde estoy

soy yo tu reina también?

LISARDO:

(Despreciándola.)

Noto que eres loca tú.

Y si vienes a pedir

limosna...

BRUJA:

(Atajándole.)

Por Belcebú

que me haces, necio, reír.

(Con acento solemne.)

Soy por sobrehumana ley

en todo a ti superior,

pues te engañas si por rey

no reconoces mayor.

Y para que veas lo soy

en muchos grados a ti,

sabe que enterada estoy

de que tu mano...

LISARDO:
(Trastornado.)

¿Qué oí?

(Queriendo tapanle la boca.)

Calla, mujer infernal.

Calla, calla. ¡Vive Dios!...

BRUJA:
(Indiferente.)

Callaré, pues es igual,

lo que sabemos los dos.

(Con tono de superioridad.)

Y para la insensatez

con que juzgaste venir

a tus plantas mi altivez

por limosna, confundir;

cuando a darte mi favor

vine, orgulloso mortal,

y a alejar de ti el rigor

de tu destino fatal,

quiero que veas aquí

que tengo, cual tú, dosel

y corte, que como a ti

me rinda homenaje en él.

(Da un golpe en el suelo con la vara, y entra detrás de ella, por escotillón, un trono, cuyo asiento será un caimán, y su respaldo un murciélago colosal con las alas extendidas y echando fuego por los ojos. Se sienta en él la BRUJA, y de un lado y otro salen de debajo del tablado monstruos, diablos, esqueletos y sombras que la rodean. LISARDO retrocede, horrorizado, sin volver la espalda. La escena se oscurecerá.)

LISARDO:

¡Cielos! ¡Cielos! ¿Me engañan mis sentidos?

¡Oh, qué fascinación!

Mis ojos..., mis oídos...,

son presa de fantástica ilusión.

BRUJA:

(Con tono feroz y descompuesto.)

Póstrate, mísero.

Trémulo, pálido,

llega a mis pies.

Sol salutífero

mi rostro escuálido

para ti es.

LISARDO:

(Repuesto y animoso.)

Si tú del hondo aterrador infierno

osas la frente alzar,

sírvate de gobierno

que nunca, nunca yo supe temblar.

Que en la grandeza en que me puso el hado

y mi ardiente ambición,

miro el orbe postrado,

y nada turbará mi corazón.

BRUJA:
(Indignada.)

¿Y no ves sangre en tu mano,

y un atroz

crimen, que de noche y día

es tu verdugo y tirano más feroz?

¿Ignoras que la voz mía

publicar

puede, mísero gusano...?

LISARDO:
(Postrándose, horrorizado.)

Basta..., basta. ¡Estrella impía!

BRUJA:
Ya temblar,

y ante mis plantas, te veo.

LISARDO:
(Confundido.)

Calla..., sí.

O por piedad, dame muerte.

BRUJA:
Siempre debe estar el reo

prosternado de esa suerte,

temblando así.

Tu grandeza, tu ambición,

nada son.

Niebla leve, humo fugaz,

en que audaz

quieres asiento

formar de torres, que se lleva el viento.

Oscuro es tu porvenir,

y decir

mucho de él pudiera yo.

Pero no...

No diré nada;

corre ciego tu suerte desastrada.

(Pausa.)

Lástima, al cabo, me das.

Toma este anillo

pobre, sin brillo,

y con él invisible serás.

(Tira un anillo a LISARDO.)

Y de un apuro,

terrible y duro,

por su mágico influjo saldrás.

Vuela a tu corte

(puede te importe):

ese anillo te lleva veloz.

Y tus moneros

y caballeros una

sombra formada a mi voz

igual a ti verán

y detrás de ella a tu palacio irán.

(Desaparece rápidamente por escotillón la BRUJA con su trono y todo su acompañamiento, y vuelve a iluminarse la escena.)

LISARDO:

(Se pone en pie, estupefacto, y mira en rededor de sí con ojos asombrados.)

Todo desapareció.

Fué un engaño de mi mente,

una ilusión solamente

que mi vista alucinó.

A alzarse torne mi frente.

(Profundamente conmovido.)

¿Fué de mi crimen la sombra

que me persigue tenaz?

¿Es ella sola capaz...?

Sí, que me sigue y me asombra

vigilante y pertinaz.

Pero no, no...; respiremos.

Vanos delirios, huid;

no más tras de mí venid;

no más en locos extremos

mi mente ofuscada hundid.

Todo, sí, delirio fué.

(Asombrado, viendo en el suelo el anillo de la Bruja.)

Pero ¿qué miro en el suelo?

(Lo recoge.)

El anillo... ¡Santo Cielo!

¿La sortija misma que

tiró esa visión?... Me hielo.

(Asombrado.)

¿Conque ha sido realidad

todo lo que absorto vi?...

Lo ha sido, no hay duda, sí.

Lo ha sido, pues es verdad

la prenda que tengo aquí.

(Confuso.)

¿Es el hombre, ¡santo Cielo!,

juguete de otro poder,

que no alcanza a comprender?

¡Qué horror da, qué desconsuelo

pensar que así pueda ser!

(Pausa y queda en profunda meditación, de la que le saca un ligero rumor, volviendo el rostro adonde se oye.)

Mas dos de mis cazadores

vienen, sin duda, a buscarme.

Ahora podré cerciorarme,

sin disfrazar mis temores,

ni esconderme, ni ocultarme,

si es efectivo que puedo

invisible a todos ser,

solamente con poner

esta sortija en mi dedo,

cual dijo aquella mujer.

(Pónese el anillo. Entran dos CAZADORES, que registrarán toda a escena sin ver a LISARDO.)

CAZADOR 1.o:

Te digo que aquí no está.

CAZADOR 2.o:

Aquí quedó descansando

ha corto rato, mandando

retirarse a todos.

CAZADOR 1.o:

Va

ya hacia el soto galopando.

CAZADOR 2.o:

Te has equivocado. Yo

que aquí está te digo.

CAZADOR 1.o:

Pues

que aquí no está ya lo ves.

CAZADOR 2.o:

Es cierto que no está, no.

Cosa que me aturde es.

CAZADOR 1.o:

No dudes, no, que el rey era

el que iba al soto. Marchemos,

no sea que en falta quedemos.

CAZADOR 2.o:

Al través de esta ladera

pronto al puesto llegaremos.

(Vanse los CAZADORES.)

LISARDO:

(Maravillado.)

¡Cielos!... ¡Cielos!... Invisible me

hace este anillo... ¡Oh portento!

Confunde a mi entendimiento

encanto tan increíble.

Pero ¿qué duda mi aliento?...

(Animoso.)

Si es verdad este prodigio,

¿qué retardo el penetrar,
por medio tan singular,
cuanto mi fama y prestigio
pueden del mundo alcanzar?

Sí. Pues hay tan superior
ente que me cuida y guía,
cesen mi afán y agonía,
tiemble el orbe mi valor
y bese la planta mía.

(Vase.)

ESCENA III

La escena representa la gran plaza en que fué el triunfo de la primera escena del acto segundo, y aparece llena de pueblo, que se reparte en diferentes grupos, como hablando entre sí, y sale LISARDO.

LISARDO:
(A un lado, con la sortija en el dedo.)

De la sortija el encanto,
pues invisible me oculta,

indagar me proporcione

entre esta mezclada turba

lo que de mí piensa el mundo,

lo que la fama me adula.

A aquel corro de villanos,

que allí se apiña y agrupa,

quiero acercarme, seguro

de que hablan de mí.

(Se acerca a un corro de VILLANOS.)

No hay duda.

VILLANO 1.o:

Al nuevo rey aún no he visto.

VILLANO 2.o:

No has perdido mucho. Nunca

vi una cara de vinagre

tan agria como la suya.

VILLANO 3.o:

¿Y desde dónde ha venido

hasta ser nuestro rey una

persona desconocida?...

LISARDO:

(Aparte.)

¡Oh, qué terrible pregunta!

VILLANO 1.o:

Qué sé yo... Diz que ha ganado

con valor victorias muchas,

y parece...

VILLANO 3.o:

¿Acaso él solo

las ganó, o fué con la ayuda

de nuestros hijos y hermanos?

¡Maldita sea la fortuna!

VILLANO 2.o:

Siempre el que manda se lleva

el premio de las angustias

y valor de los soldados.

VILLANO 1.o:

Y a los pobres nos despluma.

VILLANO 3.o:

Dicen que éste a desplumarnos

va, para nuevas trifulcas

y guerras, que mucha sangre,

y sin ventaja ninguna,

nos costarán.

VILLANO 1.o:

El rey muerto

al menos en paz profunda

nos mantuvo.

VILLANO 2.o:

Lo que es éste

ya verás cómo nos chupa,

que es un demonio.

VILLANO 1.o:

¿De veras?

Pues si tal hace...

VILLANO 3.o:

¿Lo dudas?...

VILLANO 1.o:

... pues si tal hace..., veremos

cuánto el hacerlo le dura.

LISARDO:

(Se separa confundido del corro de VILLANOS.)

¡Cielos! ¿Tal disgusto reina

entre la plebe?... ¿Es, en suma,

éste el entusiasmo ardiente

en que mi poder se funda?

Mas allí varios soldados

hablando entre sí se juntan.

Ellos, ellos son mi apoyo;

con ellos nada me asusta.

Acercaréme a escucharlos.

(Se acerca a un corro de SOLDADOS.)

SOLDADO 1.o:

Amigos, grandes y muchas

son las mercedes y gracias

con que el nuevo rey procura

premiarnos.

SOLDADO 2.o:

No lo agradezco,

que es por conveniencia suya

mostrarse tan generoso.

Pues, al cabo, su fortuna

sólo en nosotros se apoya,

y nosotros a la altura

lo levantamos del trono.

SOLDADO 1.o:

Muy dignamente lo ocupa.

SOLDADO 2.o:

Otros también dignamente

podieran, sin duda alguna,

y mejor que él, ocuparlo.

Que aunque es su arrogancia mucha,

o no falta quien en denuedo,

y arrojó le sobrepuja.

SOLDADO 1.o:

En las últimas batallas

fué un portento de bravura.

SOLDADO 2.o:

Y qué, ¿Arbolán nada hizo?

LISARDO:

(Aparte.)

¡Arbolán!... ¡Cielos!... ¡Disfruta

fama tanta!

SOLDADO 2.o:

Por mi vida

que lanza como la suya

no enristra nadie en el mundo.

SOLDADO 1.o:

En eso, ¿quién pone duda?

SOLDADO 2.o:

Y el orgulloso Lisardo...,

al fin..., es...

SOLDADO 1.o:

¿Qué...?

SOLDADO 2.o:

¿Lo preguntas?...

Lo diré...: un advenedizo.

LISARDO:

(Aparte, furioso.)

¿Esto mi cólera escucha?

Estoy de furor ahogado...

Canalla soez, inmunda.

(Queriendo arrojarse a ellos.)

Ahora mismo entre mis brazos...

(Sintiéndose detenido por una fuerza superior.)

Mas ¿quién detiene mi furia?...

Este misterioso anillo,

que todo mi esfuerzo anula,

pues siento, como ligadas

mis manos por fuerza oculta.

(Pausa.)

Allí varios caballeros

reunidos están. Sin duda

hablarán como leales,

y como cumple a su alcurnia.

(Se acerca a un corro de CABALLEROS.)

CABALLERO 1.º:

Malos tiempos nos esperan.

Ni honras ni haciendas seguras

tendremos... Tiempos fatales,

de trastornos y de angustias.

CABALLERO 2.o:

Yo no sé cómo la reina

ha dado tan sin cordura

su mano y el trono y cetro

a Lisardo, que es, en suma,

un aventurero.

LISARDO:

(Aparte, desconcertado.)

¡Oh rabia!

Los que así su envidia apuran

son los mismos que postrados

vi a mis plantas en la jura

tenerse por venturosos

con sólo merecer una

sonrisa mía... ¡Malvados!

CABALLERO 1.o:

(Recatándose.)

Y pues nadie nos escucha,

os diré...

CABALLERO 2.o:
¿Qué...?

(Se reúnen todos)

CABALLERO 1.o:
Que sospecho...

LISARDO:
(Aparte, agitado.)

Sus palabras me atribulan.

CABALLERO 2.o:
¿Qué sospechas?

CABALLERO 1.o:
Que la suerte

del rey difunto, que ocultan

ese misterioso velo

y esa oscuridad profunda,

fué acaso...

CABALLERO 2.o:
¿Qué? ¿De la reina...?

CABALLERO 1.o:
Fué acaso, amigos, alguna

traición de ese monstruo inicuo

que el regio dosel usurpa,

que la majestad afrenta

y que a la nación abruma.

LISARDO:

(Se retira confundido.)

¡Basta..., basta!..., Yo me ahogo.

Fuego en mis venas circula.

¿Ya se sospecha...? ¿Y se dice...?

Sí. Lo he escuchado... No hay duda.

Estoy un volcán hollando

pronto a reventar. La chusma

habla de mí sin respeto;

la soldadesca me insulta,

y me observa y me persigue

de la nobleza la astucia.

(Recobrando su energía.)

Mas no importa; empuño el cetro,

arde mi pecho de furia.

Si hay conjuración, en sangre

sabré ahogarla antes que cunda.

En el alcázar entremos

invisible, con la ayuda

de este misterioso anillo,

a ver si allí se conjura.

(Al ir a salir de la escena cambia la decoración.)

ESCENA IV

Galería interior de Palacio. Decoración corta, y salen la REINA y ARBOLÁN, hablando entre sí con recato.

LISARDO:

Hacia aquí la reina viene

hablando con Arbolán.

Tiemblo en la duda espantosa

de lo que voy a escuchar.

¡Ay, que de hacerse invisible

la anhelada facultad

es un tormento horroroso,

es un presente infernal!

Mas aprovecharme es fuerza

de ella, que puede importar

a mi vida y a mi nombre.

¡Oh, qué terrible ansiedad!

(Se acerca.)

REINA:

Tus dudas y tus recelos,

¡oh generoso Arbolán!,

son infundadas e injustos,

si de mí seguro estás.

Sabes que por ti mi pecho

arde mucho tiempo ha,

desde los primeros años

de mi tierna mocedad,

y que sentarte en el trono

ha sido siempre mi afán.

LISARDO:
(Aparte.)

¡Oh infame!

ARBOLÁN:
Pero a Lisardo

miro en él sentado ya,

y por ti sola lo ocupa.

LISARDO:
(Aparte.)

¡Cielos!... ¡Qué afrenta!

REINA:
Es verdad.

Me fué preciso valerme

de su ambición infernal

como seguro instrumento

con que el primer golpe dar.

Después no me fué posible

freno poner a su audaz

arrojo, y le di mi mano

y el trono para lograr

adormecerle un momento

y ver cumplido mi afán.

LISARDO:

(Aparte, despechado v haciendo vanos esfuerzos.)

¡Oh furia de los infiernos!

¡Oh portento de maldad!

Yo te ahogaré entre mis brazos,

y ahora mismo... Pero..., ¡ah!,

el encanto de este anillo

no puedo sobrepujar.

ARBOLÁN:

Mas a Lisardo del trono,

¿cómo se puede arrancar?

¿No conoces su arrogancia?...

¿No su esfuerzo sin igual?...

¿No su altivez y osadía?...

Error grave fué, en verdad,

dar alas a ese coloso.

LISARDO:

(Aparte.)

¡Bien me conoce Arbolán!

REINA:

Nada temas, que yo sola,

yo, se las he de cortar.

ARBOLÁN:

Ved, señora, que su nombre,

aunque minándolo están

nuestros parciales amigos,

aún goza prestigio tal

entre el pueblo y los soldados,

que en mucho tiempo quizá

no lograremos en tierra

con ese coloso dar.

REINA:

Pues te aseguro que hoy mismo,

hoy mismo en tierra dará.

ARBOLÁN:
¿Hoy mismo?

REINA:
Sin duda... ¿Tiemblas?

¿Te falta aliento, Arbolán?

ARBOLÁN:
No tiemblo; pero quisiera

con prudencia asegurar

golpe de tanta importancia.

REINA:
Hoy segurísimo está.

ARBOLÁN:
Advertir que justamente

hoy guardia a palacio da,

con soldados escogidos,

un valiente capitán,

que es el mayor partidario

de Lisardo y el que más

entusiasmo le profesa.

LISARDO:
(Aparte.)

Noticia que aprovechar

sabré yo. Nada me asusta,

si tengo seguridad

de que la guardia me siga.

¡Pérfidos! No os temo ya.

ARBOLÁN:

Desistid por hoy, señora,

de vuestro intento, y dejad

que el tiempo nos proporcione

de ese dragón infernal

triunfo completo y seguro.

REINA:

Calla, que insensato estás.

(Con sigilo)

Oye.

LISARDO:

(Aparte, acercándose más.)

Oigamos.

REINA:

Al momento,

y ya no puede tardar

en que regrese Lisardo

de la caza, empezará

el regio festín, dispuesto

en la cámara real,

donde es segura su muerte.

ARBOLÁN:

¿Cómo...? No acierto... ¿Quizá...?

REINA:

(Con sigilo.)

Oye... Escúchame... La copa,

la copa en que ha de brindar

a la gloria de mi reino,

por mí envenenada está.

LISARDO:

(Aparte, consternado.)

¡Cielos! ¡Qué horror! ¿Es posible?

¡Oh monstruo de iniquidad!

Mas, ¡ay!, usan de un veneno,

como yo usé de un puñal.

ARBOLÁN:

El medio es seguro.

REINA:

Nadie

puede este golpe evitar.

LISARDO:

(Aparte y furioso.)

Voy a arrojar este anillo

y a sorprender su maldad.

(Conteniéndose.)

Mas no, nada lograría,

que soy también criminal,

y sólo un rostro sin mancha

logra al crimen aterrar.

ARBOLÁN:

¿Conque hoy mismo...?

REINA:

Sí, y su muerte

de estos Estados la paz,

y el amor que te consagro,

para siempre afirmaré.

(Se oye rumor.)

Pero él llega; a recibirle

vamos con risueña faz.

(Vanse.)

LISARDO:

(Paseándose muy agitado.)

¿En dónde estoy? Estalla mi cabeza;

va a reventar mi destrozado pecho.

Me engañaron, sin duda, mis oídos.

Una ilusión fué todo del infierno.

Mi esposa..., aquella reina esclarecida,

que como un sol en la mitad del cielo

vieron mis ojos en el trono augusto,

y que con suave y seductor acento,

de lágrimas regado el rostro hermoso,
sus penas me contó, y amor tan ciego
en mí supo encender, ¿es..., ¡ay!, la misma
a quien acabo de escuchar? Yo tiemblo.

Mas... ¡mísero de mí, que en hondo olvido
el crimen do me hundió su encanto dejo!

Y ¿por qué he de ser yo más venturoso
que su primer marido? Me estremezco.

(Pausa.)

¿Y Arbolán? ¡Arbolán! El hombre solo
por quien dulce amistad sintió mi pecho,
en quien deposité mi confianza,
el que colmé de elogios y de premios,
de honores, de riquezas... Aquel mismo
que ha corto rato, ante mis plantas puesto
en actitud humilde, reverente,

gratitud me juraba... ¡Dios eterno!

¿Así se finge?... ¿Así se disimula?

¿Se miente así? ¿Qué es un humilde acento?

¿Qué es un afable rostro, si la muestra

no son de lo que pasa allá en el pecho?

¡Qué horror, qué horror! ¡Oh detestable mundo!

Yo te maldigo, sí; yo te detesto.

(Pausa.)

Mas ¿qué pronuncio sin temblar? ¡Ay triste!

¿Lo que yo mismo soy olvidar puedo?

(Fuera de sí.)

Un asesino soy..., ¡un asesino!

¿Es de los hombres el Destino horrendo

el de ser criminales?... ¡Infelices!...

¡Mísera condición en que nacemos!

(Pausa. Resuelto.)

Pues a ser criminal. Si en la carrera

tan adelante estoy, el Universo

admire en mí un coloso. Poderío

para aterrar a mis contrarios tengo.

Y si es lucha de crímenes la vida,

vivamos, sí; vivamos y luchemos.

(Paseándose.)

Caiga mi furia como ardiente rayo

sobre estos miserables, y deshechos

en ceniza a mis pies, sirvan al punto

a los conspiradores de escarmiento.

Sí. Decidido estoy. Guardo el anillo.

(Se lo quita y lo guarda en la escarcela.)

Que tal cual soy manifestarme quiero,

pues que ya todos piensan que a palacio

del campo regresé con mis moneros.

Aquí un paje se acerca; la noticia
de que es la guardia fiel aprovechemos.

¡Hola!

(Sale el PAJE.)

PAJE:
Señor...

LISARDO:
El capitán que manda

la guardia de palacio en el momento
venga a mis pies.

PAJE:
Seréis obedecido.

(Vase.)

LISARDO:
Temblarán, yo lo juro, los perversos.

La sangre se helará de los traidores.

De una inicua mujer a los derechos

no deberé el reinar, sino tan sólo

a mi fortuna y a mi heroico esfuerzo.

Sí. El alto trono que fundar quería

aquí lo he de fundar. Y estoy dispuesto

a fundarlo tan firme, que con sangre

sabré amasar sus sólidos cimientos.

(Entra el CAPITÁN de la guardia, que hinca una rodilla, y LISARDO lo levanta.)

Alza y ven a mis brazos, que te esperan,

de valor y lealtad noble modelo.

Sé quién eres; te he visto en las batallas

dando señales de tu heroico esfuerzo,

y yo no olvido nunca a los soldados

que en el campo lidiar con gloria veo.

CAPITÁN:

A vuestro lado, ¡oh rey el más cumplido

que en el mundo jamás empuñó el cetro!,

¿quién pudiera en los campos de batalla

no seguir fiel vuestro glorioso ejemplo?

La llama del valor que en vos esplende

se comunica a los vasallos vuestros,
y no hay quien tras de vos no corra ansioso
a buscar gloria en los mayores riesgos.

¿Qué me mandáis, señor?

LISARDO:

Saber quería

si a todo trance os encontraréis dispuesto
a obedecer mi voz.

CAPITÁN:

¿Podéis dudarlo,

si os juré por mi rey?... Poned, os ruego,
a prueba mi lealtad y mi obediencia,
y quedaréis de entrambas satisfecho.

LISARDO:

Acaso hoy mismo las pondré, y no dudo
que mi apoyo serán, noble guerrero.

¿Sabes, dí, que hay traidores?

CAPITÁN:

No lo ignoro;

mas yo sus tramas pérfidas no temo.

LISARDO:
Son muchos.

CAPITÁN:
Pero más son los leales.

LISARDO:
De temible poder, de nombre excelso.

CAPITÁN:
Su nombre nada importa; al declararse

traidores lo mancharon y perdieron.

Y corto es el poder de los que apelan

a oscuras tramas y a cobardes medios.

LISARDO:
Aterrorarlos es fuerza ante su vista

presentando al instante un escarmiento.

CAPITÁN:
Caiga el sol mismo desde su alto trono,

si osa el sol enojarnos y ofenderos.

LISARDO:
Basta, que en tu lealtad y bizarría

el más firme sostén gozoso encuentro.

¿Y los soldados de la guardia?

CAPITÁN:
Todos

están por vos a perecer dispuestos.

LISARDO:

Que el salón del festín contigo ocupen;

tú te colocarás tras de mi asiento,

y a la menor señal prendes y matas

a los que yo indicare.

CAPITÁN:

Entiendo, entiendo.

LISARDO:

Ahora pide mercedes.

CAPITÁN:

Nada pido

por cumplir fiel la obligación que tengo.

LISARDO:

Pues de mi cuenta corre en este día

a tus servicios dar cumplido premio.

De cuanto hemos hablado en este sitio

guarda, que es importante, hondo secreto.

(El CAPITÁN hace una reverencia y se va.)

¿Si serán verdaderas sus ofertas,

y esa noble lealtad, y ese denuedo?

¿Si será algún traidor que finge y miente

de honradez y valor con el aspecto?

¡Ah! Los hombres que mandan a los hombres

debieran penetrar los pensamientos.

Juzgo que este soldado habló de veras,

de buena fe... ¿Quién sabe?... Bien, probemos

dónde alcanza el favor de la fortuna

y mi tenacidad... Ni ya otro medio

se me ofrece... Sí... Un golpe decisivo.

El peligro se acerca; urge el momento.

¡Ay, que esto no es vivir! ¡Oh, cuán horrible

es aquesta ansiedad en que me veo!

(Pausa.)

Mas ya resuena en el salón cercano,

donde el regio festín está dispuesto,

el rumor de la turba cortesana.

Vamos, pues, al festín, y procuremos

que oculte cuidadoso mi semblante

la espantosa tormenta de mi pecho.

(Vase.)

ESCENA V

Aparece un salón fantástico, magnífico, perfectamente iluminado, rodeado de aparadores, donde lucirán riquísimas vajillas, y en medio una gran mesa cubierta de oro, plata, cristal y flores, con seis cubiertos: dos a la testera, delante de regios sillones; dos a la derecha y otros dos a la izquierda, con taburetes sin respaldo. Salen pajes, ricamente vestidos, con platos, copas y viandas. Y cortesanos de gala, que se van colocando a un lado y otro de la escena. En seguida sale LISARDO por un lado con manto y corona, seguido del CAPITÁN de la guardia, que se coloca al frente en el fondo. Y por otro lado sale la REINA, también con manto y corona, seguida de damas lujosamente ataviadas. Al entrar los reyes en el salón, todos, menos los guardias y damas, hincan una rodilla, y gritan:

TODOS:
¡Viva el rey!

LISARDO:
(Aparte.)

¡Ah! Ya conozco

lo que son vuestros aplausos.

Miedo son... Mas si son miedo,

me suenan bien.

(Alto.)

Levantaos.

TODOS:
(Levantándose.)

¡Viva el rey!

LISARDO:
(Con afectación.)

Esos acentos

de lealtad y de entusiasmo

son el colmo de mis dichas,

nobles y fieles vasallos.

(Aparte.)

¿Cuántos habrá que,

traidores, estén mi exterminio ansiando?

(Alto, a la REINA, con énfasis.)

Llegad, señora. ¡Cuán bella!

Sois el sol en que me abraso.

REINA:
En serlo siempre a tus ojos

se cifrarán mis conatos.

LISARDO:
(Aparte.)

¡Oh aleve!... Una hiena miro

al través del regio manto.

(Alto, y después de examinar el concurso.)

¿Y el senescal?... No lo veo.

REINA:
(Solicita.)

La importancia de los cargos

que desempeña retarda

su venida...

LISARDO:
(Aparte.)

Sobresalto

me da su tardanza... ¡Cielos!

Mas fuerza es disimularlo.

(Alto.)

No importa, que siempre a tiempo

a mi mesa y a mis brazos

llega guerrero tan noble y

personaje tan alto.

(Se sientan LISARDO y la REINA, y detrás de sus sillones se colocan el CAPITÁN de la guardia y una Dama, y ocupan los otros cuatro asientos de la mesa cuatro personajes ancianos de los que están entre los Cortesanos. Los Pajes y las Damas sirven la mesa, y toca una dulce orquesta tan suave, que deje oír lo que se representa.)

REINA:

(Inquieta y aparte.)

Ni un leve rumor escucho

que me anuncie lo que aguardo,

y temo llegue el instante

si Arbolán no está a mi lado.

LISARDO:

(Aparte.)

Apresurar quiero el golpe,

aunque siento mucho darlo

sin que Arbolán el primero

de su traición lleve el pago.

Pues está echada la suerte,

de tanta angustia salgamos.

(Alto.)

¡De beber!

(Llega un Paje con una salvilla de oro, y en ella, una rica copa.)

REINA:

(Tomando la salvilla de las manos del Paje.)

Venga esa copa,

que yo quiero de mi mano

servirla a mi rey y esposo.

LISARDO:

(Con calma.)

De vos la estaba esperando.

Y para fineza tanta

con toda el alma pagaros

quiero que bebáis primero,

y que antes que yo brindando,

el licor de aquesa copa

torne en néctar vuestro labio.

REINA:

(Turbada.)

¿Yo..., señor...?

LISARDO:

(Poniéndose en pie y con entereza.)

Y ¿qué os asusta?

Bebed, pues, que yo lo mando.

(Agitación general. La REINA titubea, y se oye un lejano rumor.)

REINA:

(Aparte.)

¡Cielos!... Respiro.

LISARDO:

(Sobresaltado.)

¿Qué suena?

CAPITÁN:

Son del pueblo los aplausos.

LISARDO:

(Airado.)

¿Qué tardáis?... Bebed, señora.

REINA:

(Horrorizada, tirando la copa.)

No... Jamás, jamás, Lisardo.

LISARDO:

(Furioso.)

Guardias, prended a la reina.

Ese vino emponzoñado

está. Prendedla...

REINA:

(Saliendo al centro de la escena.)

Y ¿quién puede

atentar...?

CAPITÁN:

(Corriendo hacia ella.)

Yo y mis soldados.

(Movimiento general de terror y de indignación. Unos muestran asombro, otros meten mano a las espadas.)

REINA:

¡Traidores!... Yo soy la reina.

Ved qué hacéis.

(Sale ARBOLÁN con la espada en la mano, seguido de un tropel de pueblo y de soldados.)

VOCES:

¡Muera Lisardo!

LISARDO:

(En medio de la confusión.)

¡Guardias!... ¡Traidores!... Seguidme.

ARBOLÁN:

(Al Capitán y Soldados.)

¿A un regicida, a un tirano

defendéis?... Mirad en sangre

del rey teñidas sus manos.

El lo asesinó, os lo juro.

Valientes, abandonadlo.

CAPITÁN:
(Asombrado.)

¿De veras? ¡Qué horror! No demos

a tal monstruo nuestro amparo.

(Abandona la guardia a LISARDO.)

LISARDO:
¡Ah cobardes!...

VOCES:
¡Muera, muera!

ARBOLÁN:
(Conteniendo a la turba.)

Muera, pero en un cadalso.

LISARDO.
(Despechado.)

¡Oh furor!... ¡Qué adversa suerte!

Con el anillo me salvo.

(Se pone rápidamente la sortija de la bruja, y se hunde por escotillón. Cae el telón.)

Acto cuarto

ESCENA PRIMERA

La escena representa el mismo rústico jardín de la segunda escena del primer acto, pero sin el lecho de Lisardo ni el asiento. La gruta de Marcolán, y él dentro de ella, está siempre inmutable. Sale LISARDO por escotillón, con traje humilde y sin la sortija.

LISARDO:
(Asombrado.)

¿Adónde, adónde, ¡cielos!, me ha traído

el anillo encantado?

¿Cómo hasta aquí tan rápido he venido?

¿Qué lóbrega región he atravesado?

Pasmado estoy.

(Notando que le falta la sortija.)

Mas, ¡ay!, la misteriosa

sortija, ¿qué se ha hecho?...

¿Cómo he perdido prenda tan preciosa?

Entre mis manos mismas se ha deshecho.

(Reconociéndose la mano.)

Sí... Desapareció. Y en lugar de ella,

en torno de mi dedo

de sangre helada me quedó una huella.

De asombro respirar apenas puedo.

(Reconociendo el sitio en que está.)

Mas ¿dónde estoy? No hay duda: la floresta

donde tan venturoso

me vi en los brazos de mi ZORA es ésta,

donde empecé a vivir y a ser dichoso.

(Complacido.)

Aquí descansaré. Y aquí del mundo

de crímenes, tornando

al de placer y amor, él furibundo

rigor de mi destino iré amansando.

(Pausa, y recorre la escena como para cerciorarse de que es el mismo sitio que dice.)

Mas, ¡ay!..., no tan risueña me parece

como la vez primera

esta mansión.

Ni, plácida, me ofrece

aquel encanto que a mi pecho diera.

¿Acaso nunca el hombre la ventura

recupera perdida,

y vano es su afanar cuando procura

felice ser dos veces en la vida?...

No. Sin duda esta selva me parece

lóbrega, porque en ella,

como resplandeció, no resplandece

la pura luz de mi divina estrella.

Yo buscaré perdido y anhelante

a mi adorada Zora,

y tornarán su aliento y su semblante

a hacerme esta mansión encantadora.

(Va a salir resuelto, y vuelve afligido y turbado.)

Pero ¡triste de mí! ¡Zora! Yo, ingrato,

la rechacé orgulloso,

con duro acento, con altivo trato,

desoyendo su ruego doloroso.

Y ¿cuándo? Cuando hermosa y apacible,

ángel de paz, venía

de un crimen espantoso, atroz, horrible,

a libertar, ¡ay Dios!, el alma mía.

(Profundamente conmovido.)

¡Zora! ¡Zora! Vengada estás; mi pecho

es raudal de amargura,

y por las garras del dolor deshecho

implora tu perdón y tu ternura.

¿Y obtendré tu perdón? Dulce esperanza

de obtenerlo me alienta,

pues no cabe el rencor ni la venganza

en el tierno candor que en ti se ostenta.

¡Ah!... Perdóname, sí; dame consuelo.

Que tú sola en el mundo

puedes sacarme, por favor del Cielo,

de este agitado piélago profundo.

(Sale y cruza lentamente la escena un rústico y humilde entierro, compuesto de cuatro Doncellas vestidas de blanco con guirnaldas de ciprés. Cuatro Villanos con sayos negros, que en unas angarillas llevan a ZORA muerta y vestida cual se presentó en la segunda escena del primer acto, y detrás, dos hombres enlutados y un viejo ENTERRADOR, también de luto, y con un azadón al hombro.)

LISARDO:
(Sorprendido.)

¡Oh cielos!... ¿Qué viene allí?...

Un rústico funeral.

Me hiela un sudor mortal.

No sé lo que pasa en mí.

Preguntaré.

(Se acerca al ENTERRADOR.)

Buen anciano,

¿quién es esa desdichada?

ENTERRADOR:

Es Zora, que abandonada

por un marido inhumano,

y ardiendo siempre en amor,

tras de penosa agonía,

murió al despuntar el día,

víctima de su dolor.

LISARDO:

(Convulso.)

¿Zora... ?

ENTERRADOR:

Sí, Zora.

LISARDO:

(Fuera de sí, deteniendo el entierro.)

¡Ah!... Dejad

que sobre el cadáver yerto

este infeliz quede muerto,

y una tumba a entrambos dad.

ENTERRADOR:

Retroceded, imprudente.

Alejaos. ¿Qué pretendéis?

No el reposo profanéis

de una mísera inocente.

LISARDO:

(Furioso.)

Este cadáver es mío,

miserables.

ENTERRADOR:

Insensato.

¿Qué frenético arrebato,

qué furioso desvarío te obliga...?

LISARDO:

(Acometiendo al féretro.)

Sí, Zora es mía.

Dádmela, que es mía, sí,

o todos seréis aquí

despojo de mi osadía.

(Los dos enlutados que defendían el féretro se asustan y retroceden.)

ENTERRADOR:

(Asustado.)

De su furia me acobardo.

LISARDO

(Furioso en todo extremo.)

Dadme, dadme luego a Zora,

o la rabia abrasadora

temed del feroz Lisardo.

(Al oír este nombre, los cuatro que llevan las angarillas las dejan en el suelo, sobrecogidos de terror, y ellos y las Doncellas se ponen en fuga.)

ENTERRADOR:

(Sobrecogido de espanto.)

Lisardo es el que miramos.

Sí, Lisardo el asesino.

¿Por dónde a esta tierra vino?

¡Qué horror!... ¡Oh cielos! Huyamos.

(Vase con los dos enlutados. Corre LISARDO frenético. Levanta el velo negro que cubre el cadáver de ZORA, lo saca del féretro y lo lleva en brazos a un lado del proscenio, haciendo extremos de demente.)

LISARDO:
(Agitadísimo.)

Zora del alma mía,

Zora, mi bien, despierta...

Zora..., mi Zora... ¡Ah! ¡Muerta!

¡Helada!... Apenas puedo respirar.

Y yo, yo, ¡estrella impía!,

yo té he dado la muerte.

¿Y en mis brazos tenerte

oso y tu faz marchita contemplar?

(Reconociéndola y tocándola como dudando de su muerte.)

¿Engañoso desmayo

acaso no pudiera,

cual nube pasajera...?

(Cerciorado.)

No. Es un cadáver. ¡Mísero de mí!

(Alejándose del cadáver.)

¡Cielos!, lanzad un rayo

que mi frente confunda,

que me anonade y hunda,

y que a su lado me sepulte aquí.

(Acercándose e inclinándose sobre el cadáver.)

Si pudiera mi aliento,

si mi sangre, mi vida,

si la llama encendida

en mi pecho, do el crimen se asentó,

pasarse en un momento

a esta ceniza fría...,

¡oh, cuánto ganaría

el mundo y cuánto ganaría yo!...

(De rodillas.)

Con el mundo piadoso

sed, ¡oh Dios!, revivida

a costa de mi vida,

volvedle esta mujer angelical,

este astro luminoso.

Y de mi libertadle,

el espanto quitadle

de este monstruo sangriento y criminal.

(Delirante, abrazando el cadáver de ZORA.)

Mi ángel, despierta;

álzate, mira,

vive, respira,

oye mi voz.

(Despechado.)

¡Ay!... ¡Está muerta!

Y yo la muerte,

¡horrenda suerte!,

le di feroz.

Yo me ahogo, mísero;

no puedo más.

Mujer angélica,

vengada estás.

Ardiente tósigo

me abrasa, sí.

¡Oh tierra, trágame,

trágame aquí!

(Queda inclinado sobre el cadáver, abrumado de dolor.)

LISEO:

(Dentro.)

Lisardo..., Lisardo.

LISARDO:

(Aterrado.)

¿Quién...?

La voz de la Eternidad

me ha llamado... ¡Oh Dios. piedad!

Piedad de un mísero ten.

(Sale LISEO, y al verlo queda LISARDO confundido.)

LISEO:

(En tono amenazador.)

Lisardo, si no contento

con haber dado la muerte

a esta infelice, faltando

al juramento solemne

que aquí, en mis manos, hiciste,

ceberte furioso quieres

en su mísero cadáver,

y en tu crimen complacerte,

la justicia de los cielos

y la de los hombres teme.

La justicia que reclama

el desconsuelo, que adviertes

con horror en mis mejillas

y en las sombras de mi frente.

Que el desconsuelo de un padre

como yo, afligido, siempre

en el tribunal eterno

piadosa acogida tiene.

LISARDO:

(Turbado, acercándose a LISEO)

¡Señor...! ¿Sois vos?

LISEO:

(Severo.)

Sí, Lisardo.

Soy Liseo. Tiembla al verme.

Soy el que te dió su hija

para que feliz la hicieses.

Mira cuál la devolviste

a su paternal albergue.

LISARDO:

(Confuso.)

Señor..., sois el primer hombre

que... turbado..., reverente...,

temblando escucho.

LISEO:

Lisardo,

no soy yo quien tanto puede.

Es el espectro espantoso

que delante miras siempre,

y son los remordimientos

de los crímenes que hierven

en tu corazón.

LISARDO:

(Desconsolado y suplicante.)

¡Oh padre!

LISEO:

(Retrocediendo.)

Quita, monstruo... ¿Qué pretendes?

LISARDO:

Yo... Mi Zora...

LISEO:

¿Zora tuya...?

Zora es sólo de la muerte:

Zora de la tierra es sólo,

y yo sólo soy quien debe

darle el último descanso.

Aléjate. Aquí no eres

más que una espantosa hiena,

un buitre voraz, que viene

a destrozar un cadáver.

Déjalo en paz. Huye, vete.

(Va cerca del cadáver y se pone en actitud de defenderlo.)

LISARDO:
(Conmovido.)

No..., no. Mi esposa fué Zora,

y si no logro la muerte,

que es lo que anhelo, a su lado,

para que a ambos nos encierre

un mismo sepulcro, quiero

dárselo como merece.

(Recobrando su altanería.)

Mi magnífico palacio,

que domina estos vergeles,

recíbala en sus salones,

y en ellos mi esposa encuentre

el soberbio mausoleo

que a sus cenizas conviene.

Todas mis riquezas, todas,

en su sepulcro se ostente;

y de que fué esposa mía

en el mundo se conserve

el recuerdo en oro y mármol

consignado para siempre.

LISEO:

¡Insensato!... ¿Tus riquezas...?

¿Tu palacio...? Estás demente.

¿Ignoras que de bandidos

una codiciosa hueste

ha robado tus tesoros,

y que ha incendiado, inclemente,

tu magnífico palacio?

Corre a verlo. Nada tienes.

Tus riquezas y tu alcázar

son vil ceniza, humo leve.

(LISARDO, sobrecogido, vuelve el rostro al fondo de la escena, y, abriéndose y apartándose de repente los árboles, dejan ver a lo lejos el palacio ardiendo, y queda todo iluminado con el rojo resplandor del incendio.)

LISARDO:

(Corriendo hacia el fondo.)

¿Qué es lo que miro?... ¡Infelice!

Ah!... Mis fuerzas desfallecen.

(Cae al suelo privado de sentido. LISEO hace una seña, y salen los cuatro Villanos con sayos negros colocan apresuradamente el cadáver de Zora en las angarillas y con ellas se van todos, dejando solo y tendido en tierra a LISARDO. Se vuelven a unir los árboles del fondo, ocultando el incendio, y queda la escena en la mayor oscuridad.)

LISARDO:

(Volviendo en sí.)

¡Infeliz, infeliz! ¡Ay! Y ¿aún respiro?

¿Para qué torno a la angustiosa vida?

¿En dónde un rayo de consuelo miro?

¡Ah! Toda mi esperanza está perdida.

(Se levanta del suelo.)

Sí, toda mi esperanza

se la ha llevado el viento.

(Recobrando gradualmente su energía.)

Y ¿quedará Lisardo sin venganza,

tendido en este potro de tormento?

Yo, yo, dominador de la ancha Tierra;

yo, rayo de la guerra,

¿he de morir en este valle oscuro

como el más vil mortal, como un gusano

y reirá el orbe ufano,

de mi furor juzgándose seguro?

(Despechado.)

Desplómate rasgado en rancos truenos,

¡cielo!, sobre mi frente,

o trágame inclemente,

tierra de horror, en tus oscuros senos.

¿Yo desde el regio trono

en la miseria hundido,

y por traidores pérfidos vendido,

y de una vil mujer por el encono?

y cuando en mis riquezas

nuevo apoyo busqué, para que el mundo

admirando de nuevo mis proezas,

otra vez lleno de terror profundo,

se humillara a mis plantas,

tras desventuras tantas,

¿hallo ceniza y humo,

y en furor impotente me consumo?

(Pausa.)

Mas nada, nada importa

cuanto perdí, que aún quedo yo. Y aún siento

el colosal aliento

que mi indomable corazón aborta.

Si el Cielo me ayudara... Mas ¿qué dice

mi necio labio?... El Cielo me maldice.

Pues bien, mi ayuda sea

el infernal poder. Oiga mi ruego,

déme su auxilio, y luego,

asombrado, verá cuán bien lo emplea.

(Se oye un espantoso trueno subterráneo, y entra por escotillón el DEMONIO vestido de bandolero, pero con algunas señales que manifiestan quién es. En el momento de aparecer se verá un gran relámpago que alumbre toda la escena, volviendo luego a quedar en tinieblas.)

DEMONIO:
(Con voz áspera.)

¿Qué del infierno quieres?

Él a satisfacer tu afán me envía.

LISARDO:

(Asombrado.)

¡Oh, qué espanto!... ¿Quién eres?

DEMONIO:

No la presencia mía

te turbe, pues poder para ayudarte,

Lisardo altivo, tengo; y para darte

los medios con que alcanza

un hombre de tu temple la venganza.

LISARDO:

(Reanimado y con ansiedad.)

Dame armas y pendones,

guerreros escuadrones,

que mis contrarios, aterrados, vean,

y que del orbe el exterminio sean.

(El DEMONIO da una patada en el suelo, y de los troncos de los árboles, de los riscos y de debajo de tierra salen bandoleros de aspecto feroz y torvo, vestidos de pieles de fieras, con cascos de hierro y con cimitarras, lanzas, arcos y flechas. LISARDO los mira con asombro y admiración.)

DEMONIO:

Helos aquí presentes,

y, aunque los juzgues pocos, tan valientes,

que excederán en mucho tus deseos

poblando el ancho mundo de trofeos.

LISARDO:

¡Oh, qué extraño portento!

Nacen escuadras a mi sólo aliento.

(Se reconoce, y ve que no tiene espada.)

Pero ¿yo desarmado?

DEMONIO:

(Dándole una espada.)

Este estoque te traje preparado,

guadaña de la muerte,

y prenda digna de tu brazo fuerte.

Con él a la cabeza

ponte de estos valientes bandoleros,

que bandoleros son, más no te asombre,

pues no serás, Lisardo, el primer hombre

de arrojo y fortaleza

que al frente de bandidos ha logrado

un imperio rendir, un elevado

trono fundar y ver postrado al mundo

besar su planta con terror profundo.

LISARDO:
(Entusiasmado.)

Sí; cuando empuño una tajante espada

y de valientes circundar me veo,

ser ya señor del Universo creo,

y contemplo la Tierra encadenada.

DEMONIO:
Emprende tus campañas.

Que al renombre inmortal de tus hazañas,

obedientes muy pronto a tus pendones,

traerá nuevos y fuertes escuadrones

y poderosas lanzas

que satisfechas dejen tus venganzas.

Y porque no tan sólo con despojos

de fresca sangre rojos

premie a los soldados

que sigan tus banderas esforzados,

quiero mostrarte ahora

las riquezas ocultas que atesora

este bosque sombrío:

por aquí de oro puro pasa un río.

Míralo por las señas

que te den estos troncos y estas breñas.

(Toca varios troncos y piedras, y se convierten en oro resplandeciente.)

Todo es tuyo, Lisardo.

LISARDO:

(Reconociendo, admirado aquella riqueza.)

¡Portento sin igual! Y ya, ¿qué aguardo?

(Dirigiéndose a los bandoleros, que estarán apiñados a un lado.)

¡Oh valientes, volemós,

y al mundo leyes y cadenas demos!

Campiñas y ciudades

se conviertan en yermas soledades,

y abriendo a sangre y fuego ancho camino,

las leyes trastornemos del Destino,

por él ciego corramos,

sembrando horror y muerte. Vamos, vamos.

(Se arroja decidido LISARDO al frente de los bandoleros hacia el fondo de la escena, donde se levanta de pronto delante de él, atajándole el paso, una muralla de bronce, y baja de las bambalinas, y se pone en pie sobre la muralla, un ÁNGEL mancebo, con una ropa flotante de tela de plata, alas extendidas de plumas de colores y con dos espadas de fuego, una en cada mano. Al mismo tiempo, arde arriba una llama de bengala que lo ilumina todo. Lisardo retrocede horrorizado, y lo mismo el DEMONIO y los Bandoleros, agrupándose todos a un lado del proscenio, sin osar mirar al ÁNGEL.)

ÁNGEL:

Confúndete, miserable.

Tente, mortal infeliz:

tu furia y la del infierno

pasar no pueden de aquí.

LISARDO:

(Aterrado.)

¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Qué alto muro

se alza mi paso a impedir?

¿Qué luz deslumbra mis ojos?...

¿Qué voz tronadora oí?...

(Abrazándose al DEMONIO.)

Dame tu amparo...

DEMONIO:

(Cobarde y despechado.)

No puedo

contigo adelante ir,

que es la voluntad divina

el muro que ves ahí,

y traspasarlo no pueden

ni mi audacia, ni mi ardid,

ni todo el infierno junto

derribarlo... ¡Pese a mí!

(Se hunden el DEMONIO y los Bandoleros, y se queda LISARDO sin espada.)

ÁNGEL:

La medida se ha llenado.

Decretado está tu fin.

(Se remonta el ÁNGEL y desaparece, y se apaga la llama de bengala. quedando enteramente oscura la escena.)

LISARDO:

(Medio derribado en tierra.)

¡Ay de mí, desdichado!

¡Qué horror!

Siento mi pecho helado

de terror.

¡Ay!... Mi soberbio brío,

¿dónde está?

El alto esfuerzo mío

nada es ya.

VOCES:

(Dentro, a lo lejos.)

Por aquí, por aquí.

OTRAS VOCES:

(Dentro, más cerca.)

Vamos, marchemos.

ARBOLÁN:

(Dentro.)

Si aquí el traidor se oculta,

y lo espeso del bosque dificulta

que con él encontremos,

al fuego abrasador la selva demos.

LISARDO:

(Levantándose, presuroso.)

Allí, ¡oh furor! mis enemigos vienen,

y del vil Arbolán la voz escucho.

Con nuevas ansias lucho...

Aun miedo a mi poder, cobardes, tienen.

Y tienen bien...,

(Reanimado.)

porque mi faz airada

sabrá aterrarlos y mi ardiente espada.

(Va a meter mano, y se encuentra sin espada.)

Mas ¿dónde..., ¡Cielo santo!,

mi espada está?... ¿Quién pudo

quitármela?...

(Horrorizado.)

¿Lo dudo...?

El infierno..., ¡qué espanto!...,

pues prenda suya era.

VOCES:
(Dentro, cerca.)

¡Allí está el asesino!

OTRAS VOCES:
¡Muera, muera!

LISARDO:
(Aterrorizado.)

Huyamos, si un camino

aun me guarda, piadoso, mi destino.

(Corre hacia el muro y vuelve atrás, despechado.)

No le hay..., sólo la muerte.

Cúmplase pronto mi tremenda suerte.

(Entran en confuso tropel SOLDADOS, VILLANOS y CABALLEROS de los que ya se han visto en la plaza y en el palacio, todos con espada o lanza o hacha de armas en la mano derecha, y en la izquierda, una antorcha encendida. Se esparcen feroces por la escena, rodeando a LISARDO. Detrás de ellos sale ARBOLÁN, con corona de oro sobre el morrión, manto real sobre la armadura y la espada en la mano. Y le rodean cuatro Guardias con alabardas.)

UNOS:
(Al salir.)

Aquí está el regicida.

OTROS:
(Ídem.)

Aquí está el asesino.

LISARDO:
(Al ver venir a ARBOLÁN.)

Mi manto y mi corona

en quién, ¡oh cielos!, miro.

¡Ay! De mi pecho es éste

el más atroz martirio.

ARBOLÁN:
(Conteniendo a los suyos.)

No le matéis. Prendedle,

porque no debe, amigos,

morir a honradas manos,

cual noble, en este sitio,

sino a las del verdugo

en infame suplicio.

(Todos se contienen, y llega a LISARDO.)

Humíllate a mis plantas;

confúndete, asesino.

LISARDO:
(Con altivez.)

Mátame. ¿Qué te asusta?

Pasa este pecho mío,

pues me encuentras sin armas

por tu feliz destino.

Que si espada tuviera,

te juro por mí mismo

que tú y estos cobardes

que me insultan altivos

huyerais de mi saña

pidiendo a Dios auxilio.

ARBOLÁN:
(Orgullosa.)

Ríndete, miserable,

que soy tu rey.

LISARDO:

(Con desprecio.)

¡Inicuo!

Jamás... Un vil aleve

solamente en ti miro,

y en esta infame turba

rebeldes siervos míos.

TODOS:

(Agitándose en torno.)

Muera.

ARBOLÁN:

(Conteniéndolos.)

No. Sujetadle,

y al cercano castillo,

cargado de prisiones

al punto conducidlo.

Allí en un calabozo

confúndase su brío

el plazo de esta noche,

pues al momento mismo

que el nuevo sol alumbre,

en infame suplicio

perecerá, del mundo

y del cielo maldito.

(Luchan un instante con LISARDO y lo sujetan y sacan de la escena, y con él se van rápidamente todos y ARBOLÁN.)

ESCENA II

Decoración corta que representa una oscura prisión y dos fuertes rejas, una a la derecha y otra a la izquierda. Es de noche. Entra LISARDO cargado de cadenas, pero puestas de modo que no le impidan el andar, ni la acción de los brazos.

LISARDO:

¿Es verdad...? ¿Lisardo soy,

el que no cupo en la Tierra?

¿Este calabozo encierra

todas mis grandezas hoy?

¿Es cierto que atado estoy,

y con hierros mi furor

sujeto, por el temor

con que ve cobarde el mundo

mi denuedo sin segundo

y mi indomable valor?...

Es verdad, no hay duda, sí.

Cobardes, viles, traidores,

ahora sacian sus rencores

a mansalva sobre mí.

Pero sepan que aun aquí,

de cadenas abrumado

y de estos muros cercado,

arder en mi pecho siento

aquel volcánico aliento

que el orbe admiró postrado.

Arde. Y si el Cielo me diera

estos hierros quebrantar,

estos muros derribar

y volver a mi carrera,

lección saludable fuera

mi estancia en esta prisión.

Sí, saludable lección,

que me dice: del dominio

la sangre y el exterminio

las firmes columnas son.

La sangre de los traidores,

el exterminio total

de todo osado rival,

son sus cimientos mejores.

Si lograran mis furores,

si mi sañuda altivez

de esta torre la estrechez

burlar... ¡Ah!... Por vida mía,

que el mundo no me vería

cual estoy, segunda vez.

(Se pasea y se oye a lo lejos rumor de música militar, y prosigue animoso.)

Y qué, ¿me cierra el Destino

con brazo terrible y fuerte,

en tan angustiosa suerte,

de la esperanza el camino?...

Rumor de tropa imagino

hacia este lado sonar;

aún me pudiera ayudar,

recordando la alta gloria

de tanta insigne victoria

como yo le supe dar.

(Se acerca a una de las rejas por donde se ve el resplandor de las hachas de viento.)

Son, ¡ah!, mis soldados, sí,

los que glorioso mandé,

los que de lauro colmé,

los que un dios vieron en mí.

(Con voz alta, hablando por la reja.)

Valientes, miradme aquí.

La traición, la envidia fiera

me tienen de esta manera;

que vuestro esfuerzo leal

salve a vuestro general.

Soy Lisardo.

VOCES:
(Dentro.)

¡Muera, muera!

(LISARDO se retira precipitado de la ventana con muestras de despecho.)

LISARDO:
¡Oh desengaño cruel!

¡Oh terrible confusión!

Me aprietan el corazón

como un áspero cordel.

¿Qué se ha hecho, ¡cielos!, aquel

entusiasmado ardimiento,

que daba mi nombre al viento

cual del numen de la guerra,

y que por rey de la Tierra

me dió en el dosel asiento?

(Se oye a lo lejos rumor de pueblo.)

Mas del pueblo en la memoria

más firme estará grabado,

que mi esfuerzo denodado

le dió libertad y gloria;

que ganando una victoria

lo liberté del furor

del bárbaro destructor.

Pues bien: al pueblo apelemos,

ya que en los soldados vemos

tanto olvido y tal rencor.

(Se acerca a la otra reja, por la que también se advierte el resplandor de luces.)

Sí... La plaza toda llena.

Quiero hablarle. Oiga mi voz.

(En voz alta. hablando por la reja.)

Pueblo, ved mi suerte atroz.

La envidia aquí me encadena,

y ella sola me condena.

Yo sacrifiqué mi vida

por vuestro bien. Defendida

la patria ha sido por mí.

Sacadme, ¡oh pueblo!, de aquí.

VOCES:

(Dentro.)

¡Muera, muera el regicida!

LISARDO:

(Volviendo aterrado al centro de la escena.)

¡Oh qué horror! ¡Qué ansia mortal!

¿De quién, ¡ah!, de quién me quejo?

¿Así en el olvido dejo

que soy atroz criminal?

¡Oh, qué recuerdo fatal!

(Despechado.)

Mas, por ventura, ¿mejores

son los alevos traidores

que mi muerte han decretado,

trayéndome al duro estado

de blanco de sus furores?

¡Ay!, sin venganza morir

es lo que me aflige más.

Si consiguiera quizá

de nuevo al mundo salir,

¿quién pudiera resistir,

quién, mi encono vengador?

¡Con qué gozo de furor,

con qué furiosa alegría

en sangre lo inundaría

y lo hundiera en el terror!

Si hay algún hombre ambicioso

que saciada quiera ver

su ambición, venga a romper

mi cárcel, será dichoso.

Protéjame poderoso,

verá lo que por él hago.

Le fundaré, sobre un lago

de sangre, un imperio, sí.

(Sale rápidamente por escotillón el espectro del REY con manto y corona, y mostrándole el pecho herido y brotando sangre.)

REY:

¡Traidor, yo te protegí

y me distes este pago!

(Húndese)

LISARDO:

(Pasmado de terror.)

¿Qué han visto mis ojos?... ¡Ah!...

¡Qué visión tan espantable!

Y yo ¡cuán abominable

me miro y contemplo ya!

Justa es la suerte que está

amenazando mi frente.

Mas, ¡ay!, me hizo delincuente

el mundo fascinador,

que aunque nací con valor,

nací también inocente.

¡Oh ambición!... ¡Oh poderío!

¿Quién con vos no es criminal?

Os detesto; odio mortal

os jura este pecho mío.

Si de mi Destino impío

el rigor burlar pudiera,

¡cuán distinta vida hiciera!...

Buscara lejos del mundo

paz y reposo profundo;

el campo mi asilo fuera.

(Enternecido.)

El campo... ¡Qué venturoso

en él, ¡ay cielos!, me vi!...

Al campo volviera, sí,

y a su tranquilo reposo.

Tierna Zora, dueño hermoso,

¡qué feliz en él me hiciste!

Sé el amparo de este triste.

Ven mis hierros a romper.

(Entra por otro escotillón el espectro de ZORA, tal cual estaba su cadáver.)

ZORA:

(Con voz sepulcral.)

Feliz yo te quise hacer;

la muerte en pago me diste.

(Húndese.)

LISARDO.

(Trémulo y aterrado.)

¡Ay de mí, desventurado!

¿Esto he visto y vivo estoy?

Me encuentro por doquier hoy

de crímenes rodeado.

(Muy afligido y mirando al fondo.)

Mira por mí, padre amado.

De este mundo de maldad

vuélveme a la soledad

del escollo en que nací;

torne a verme junto a ti,

ten de Lisardo piedad.

(Aparece en el centro del muro de la prisión que cierra el fondo un cuadro grande transparente, en que se ve con toda exactitud la decoración de la primera escena del acto primero; esto es, la montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar y a la derecha

del espectador la gruta de Marcolán, dentro de la cual se verá distintamente sólo un esqueleto. LISARDO lo contempla un momento, estupefacto; retrocede, y el cuadro desaparece.)

LISARDO:

(En la última desesperación.)

La furia veo patente

con que el Cielo inexorable

su maldición espantable

desploma sobre mi frente.

¡Oh, qué tormento inclemente

es aqueste afán interno!...

¿Qué me espera, Dios eterno?...

¿Qué me aguarda, hado cruel?

(Suena bajo el tablado la VOZ DEL GENIO DEL MAL.)

VOZ DEL GENIO

El patíbulo, y tras de él

DEL MAL:

la eternidad del infierno.

(Se descubre todo el fondo de la escena, y aparece una gran horca, con cordeles y escalera pintada de negro, que estará aislada, y detrás, a alguna distancia, se verá un mar de fuego, que llena todo el frente y se agita en todas direcciones, viéndose cruzar por él figuras negras movibles de demonios, serpientes y monstruos espantosos. La escena se alumbrará toda con la luz roja de las llamas. LISARDO contempla un momento aterrado tan espantosa visión, y corre de un lado a otro, haciendo extremos, y va a caer desmayado en el sitio en que estaba su lecho en el primer acto.)

LISARDO:
(Cayendo desmayado.)

¡Qué horror, qué horror! ¡Ay de mí!

MARCOLÁN:
(Dentro de su gruta, mirando al reloj de arena.)

El conjuro está cumplido.

Vuelva a gozar el dormido

de paz y reposo aquí.

(Cruzan la escena en todas direcciones, y como al fin de la primera escena del primer acto las mismas ligeras gasas transparentes, con figuras vagas y fantásticas, y se reúnen como entonces en el fondo y delante de LISARDO, formando como una niebla blanquecina que lo oculta todo. Verificado esto, cierra el libro MARCOLÁN, se levanta gravemente, toma su vara de oro y sale majestuosamente de la gruta, mirando a todos lados.)

MARCOLÁN:
(En tono solemne.)

Espíritus celestes e infernales,

genios del bien y el mal que los destinos

por ocultos caminos

dirigís de los míseros mortales:

pues que ya obedecisteis mi conjuro,

alejaos de este escollo en el momento

y a la región del viento

tornado de la tierra al centro oscuro.

(Agita la vara en derredor. Se alza rápidamente la niebla y aparece la misma decoración con que empezó el drama, con la diferencia de que el mar estará tranquilo. Y detrás de él y de la montaña de peñascos se verá un cielo que represente un risueño amanecer. El tosco lecho se verá en el mismo sitio, y en él LISARDO, dormido, vestido de pieles, como apareció la primera vez.)

LISARDO:

(Inquieto y aún soñando.)

¡Ay de mí! Basta. ¡Qué horror!

MARCOLÁN:

(Contemplándole con compasión.)

¡Desdichado! Aún el ensueño

es de sus sentidos dueño.

Termine ya su rigor

(Extiende sobre él la vara, y dice en voz alta.)

Deja, Lisardo, el reposo,

que ya en el risueño Oriente

la aurora resplandeciente

anuncia un sol venturoso.

Despierta, despierta, pues.

(Le toca con la vara y se retira a un lado.)

LISARDO:

(Despierta, mira atónito a todos lados, se levanta y corre a los brazos de su padre.)

¿En dónde, ¡oh cielos!, estoy?...

¡Oh, qué venturoso soy!

Mi amado padre aquél es.

¡Padre!

MARCOLÁN:

(Con gran ternura.)

¡Hijo mío! ¿Has pasado

bien la noche?

LISARDO:

(Abatidísimo.)

¡Padre!... ¡Oh!

¡Qué infeliz he sido yo!

Tengo el pecho destrozado.

MARCOLÁN:

¿Mas para ir al mundo estás

dispuesto cual te ofrecí?

Hoy me dejarás aquí...

LISARDO:

(Abrazando estrechamente a su padre con gran vehemencia y la mayor expresión de terror.)

No, padre mío, ¡jamás!

(MARCOLÁN alza la cabeza y las manos al Cielo, como para darle gracias, y cae el telón.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

